

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XIX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 21. — Nº 480.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

Sucesos de Grecia; grabado. — Revista española. — Las nuevas coronas de Guarrazar; grabados. — Fac-símile de un dibujo de Don Pedro V de Portugal; grabado. — Expedicion de Méjico; grabado. — Teatro de la Opera Cómica; grabado. — Revista de París. — Las primeras flores. — Un año de matrimonio. — Teatro de la Academia imperial de música de París; grabado. — Apuntes de un viaje á España; grabado. — M. de Belleyme; grabado. — La venganza malograda. — Revista de la moda. — La cervecería Gambrinus en Marsella; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

Sucesos de Grecia.

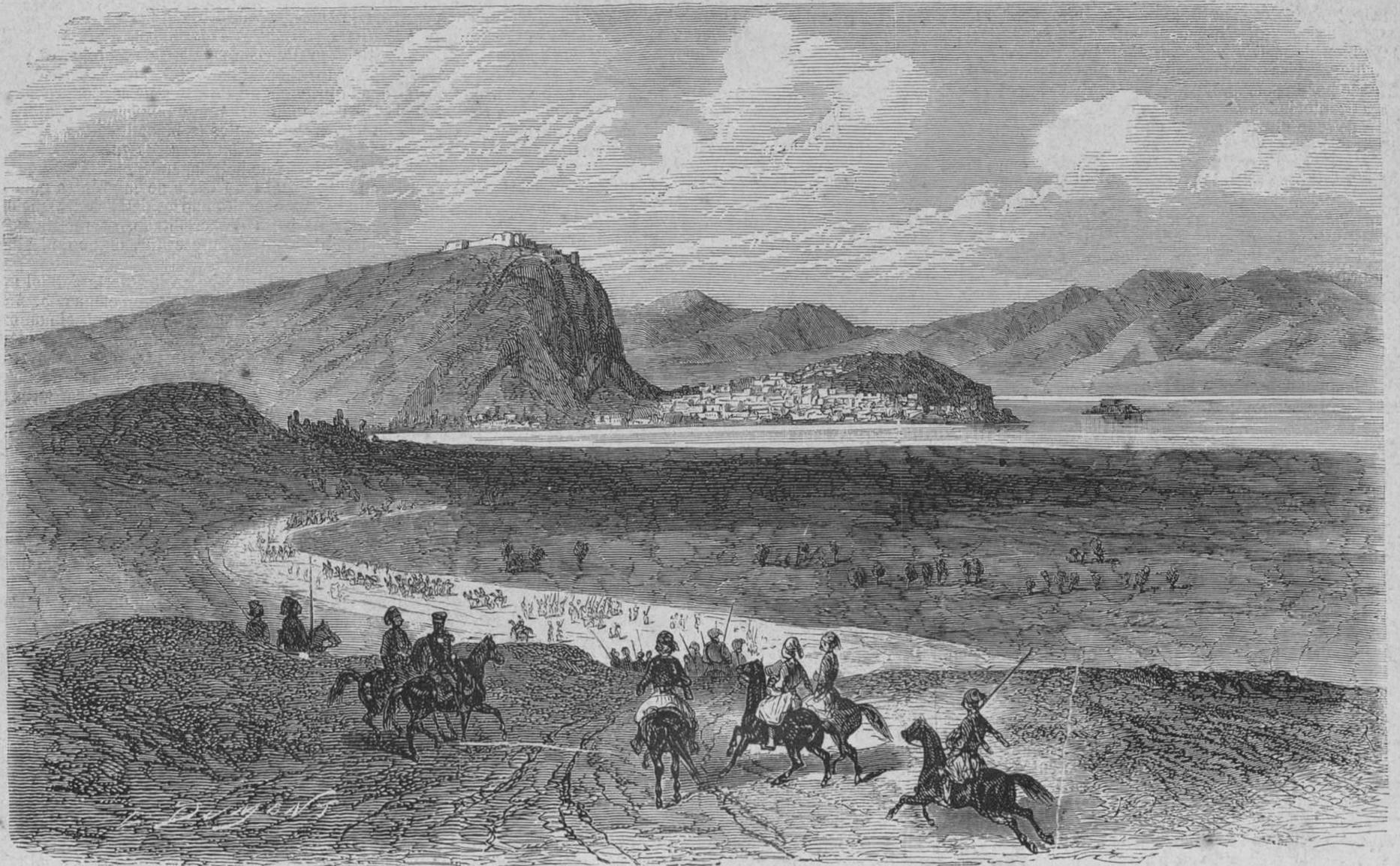
Acaba de ocurrir en Grecia una insurreccion militar; la guarnicion de Nauplia se ha pronunciado. Al principio esta insurreccion pareció un motin insignificante, pero ahora parece va tomando caracteres que atraen la atencion sobre ella.

Mil quinientos hombres del ejército griego se levantan en Nauplia, punto el mas militar de la Grecia, por conservarse allí los almacenes y depósitos del ejército y tener una fortaleza importante. La poblacion se une y fraterniza con los sublevados hasta el extremo de hacerse el pronunciamiento con aprobacion de todos y sin la menor contrariedad; fórmase una junta de gobierno, y

esta junta se declara partidaria de una política mas nacional de la que el gobierno actual está siguiendo, dejando entrever, aunque vagamente, aspiraciones que pueden llevar muy lejos.

Hay que advertir, que 1,500 hombres armados, que en otro pais serian una fuerza insignificante, en Grecia componen la mitad del ejército; y verdaderamente, con decir que la Grecia, despues de mas de treinta años que hace que está constituida bajo el cetro del rey Othon, no tiene en las actuales circunstancias un ejército que pase de 4,000 hombres ni una marina que se recomiende por su número, está dicho que se encuentra pésimamente gobernada.

Grecia ha prescindido de la política que su situacion geográfica la impone, la de vigorizarse en el seno de la



La ciudad de Nauplia (Grecia) cercada por las tropas reales.

libertad, y esperar su engrandecimiento de la disolución del imperio turco. El rey de Grecia no lo ha hecho así; hoy nos hallamos en presencia de sucesos que pueden ejercer grande influjo en el desenlace de la enmarañada cuestión de Oriente.

Nauplia es la ciudad santa y el baluarte de la guerra de la independencia. Es la plaza fuerte mas importante del reino, y como tal cuenta siempre con numerosa guarnición. Nauplia estaba considerada como el escudo de la monarquía y del país, y como la ciudad fiel por excelencia. Los jefes de la insurrección mas conocidos son el teniente coronel Artenus Micheu, comandante del segundo batallón de infantería, el mayor Botzaris y el teniente Grivail, que se hallaba fuera de servicio a consecuencia de haber perdido el brazo derecho. A estos se han unido otros dos oficiales superiores de artillería, entre los que se cuenta el teniente coronel Zimbakakis.

Segun las últimas noticias, el general Hahn habia cercado la ciudad sublevada, y el fuerte estaba bloqueado tambien por el lado del mar.

Revista española.

Martínez de la Rosa. — Su féretro. — Su entierro. — Honores tributados á su memoria. — El soneto de Camprodon. — El conde de Clonard y sus obras. — Un suicidio de un poeta. — Saraos. — Conciertos y banquetes. — El nuevo embajador de Turquía. — Anuncios para el carnaval. — Teatros. — *Juan Pérez*. — *Préstamos sobre la honra*. — *Los españoles en Méjico*. — Un triunfo de Eguilaz. — Libros nuevos. — Noticias artísticas. — Supresión de la lotería primitiva. — Los jugadores y Matías el fosforero. — Algo de aquello.

Hombres ilustres que bajan al sepulcro en medio de la admiración y del llanto del pueblo á quien han consagrado sus desvelos, infortunados seres que buscan en el suicidio un término á sus angustias ó á su vergüenza, fiestas populares, rifas, bailes y funciones dispuestas en favor de los pobres, festines y saraos en honor de los ricos, triunfos del arte y de las letras, en una palabra, exuberancia de movimiento intelectual y social; tal ha sido el cuadro que ha ofrecido Madrid durante el mes que acaba hoy, el mas corto del año, pero que acaso sea el mas fecundo en sucesos de todos géneros.

Para no dejar nada por decir me limitaré á consignar los hechos, y vosotros, mis queridos lectores, hareis los comentarios.

La revista periódica de los acontecimientos de un pueblo, cuando es verídica como la que os escribo, puede ser un termómetro de la civilización de este pueblo, puede ser su pulso, y los expertos, aunque se hallen distantes, no necesitan mas para conocer su estado: la calma ó la fiebre pueden conducir á una apreciación exacta.

Los síntomas que hoy tengo que pintaros demuestran la fiebre, pero esa fiebre noble que engrandece, que se llama entusiasmo, alterada si con algunos delitos, hijos mas bien de la debilidad, del desaliento, que del atraso, porque preciso es confesarlo, la España intelectual avanza por instantes.

El acontecimiento capital, el que ha absorbido la atención de todo el país, el que ha suspendido los ánimos y ha fundido durante algunos días todos los corazones españoles en uno solo, ha sido la muerte del ilustre Martínez de la Rosa, venerable figura que la nación consideraba como una de sus glorias, y que representaba todas las virtudes y todos los talentos.

El *Correo de Ultramar* os ha mostrado su retrato y os ha recordado los principales datos de su vida política y literaria, pero si como eréis tomáis parte en el duelo del pueblo castellano, porque acaso como él debeis al célebre Martínez de la Rosa momentos de entusiasmo con la lectura de sus obras, porque os ha hablado como á nosotros con el idioma que nos confraterniza, no me parece que dejarán de interesaros los detalles de su muerte, el efecto producido en Madrid, las honras fúnebres que se le han tributado, el cuadro que ofrecía la corte al despedirse para siempre del poeta eminente, del hombre de Estado probo, del noble amparador de la pobreza, del amigo constante y generoso guía de la juventud.

La noticia del fallecimiento de Martínez de la Rosa corrió por Madrid como una chispa eléctrica, desde el palacio hasta la mas humilde morada de la pobreza. El sentimiento fué general, las Camaras suspendieron sus sesiones, las academias cerraron sus puertas, todo quedó en suspenso, y en todas partes se notaba que el corazón de España habia sufrido una terrible pérdida.

El ilustre patricio, viejo ya pero no cansado, se ocupaba en corregir las pruebas de sus *Obras completas*, que debían aparecer, como han aparecido, en casa del conocido editor Rivadeneira, formando parte de la preciosa *Biblioteca de autores españoles*.

Convaleciente ya de un fuerte constipado, vino á atacarle una pulmonía, y en breves horas bajó al sepulcro sin sufrimientos, como el justo que muere entre los ángeles.

Acto continuo, la sala y la antecámara de su casa fueron convertidas en una magnífica y severa capilla. El techo, las paredes y el suelo de todas estas piezas estaban revestidas de negro con franjas y cordones de oro, formando en los huecos de los balcones y entradas cortinajes y pabellones de un gusto apropiado á la gravedad

de esta clase de ornamentos. En el testero de la capilla se levantaba la caja mortuoria, que consistía en un zócalo cuadrilongo, cubierto tambien de negro, de cuyos cuatro ángulos se elevaban otras tantas delgadas columnas salomónicas que sostenían un cielo con sus correspondientes adornos de negro y oro. A uno y otro lado se erigieron dos altares, uno entre los dos balcones de la sala y otro frente al anterior, en los que se dijeron misas rezadas sin interrupción. La capilla estaba convenientemente iluminada por una hermosa araña y por las velas y blandones colocados en los altares y al rededor del féretro.

La afluencia de gente que acudió á visitar este improvisado templo fue inmensa.

Dos días despues absorbió la atención general el entierro del que fué presidente del Congreso de los diputados. Madrid no recuerda una ovación fúnebre mas completa, pareciendo que todas las clases querían rendir tributo en los restos humanos de don Francisco Martínez de la Rosa á la honradez, al patriotismo, y al amor á las libertades públicas.

Desde el amanecer estuvieron materialmente obstruidas por un pueblo inmenso, en el que figuraban todas las clases de la sociedad, la calle, la casa y la capilla mortuoria del ilustre finado.

A las doce del día en punto, segun estaba prevenido en el programa, se puso en marcha la comitiva, á cuyo frente se colocó un escuadrón de caballería.

En aquel momento ya estaban cubiertas por las tropas de la guarnición todas las calles que debia recorrer el fúnebre cortejo, y atestados de curiosos todos los balcones de la extensa carrera. Un día el mas frio de todo el año no fué bastante á contener en sus casas á los millares de personas que se agolpaban á ver pasar la triste comitiva.

Al penetrar esta por el arco de Palacio que hace frente á la plaza de Oriente, S. M. el rey salió á pie del real alcázar con su servidumbre, y se colocó detras del carro fúnebre.

Al salir por el arco de la Armería, la comitiva marchaba en el orden siguiente:

- 1º Cuatro ayudantes de estado mayor, con el señor gobernador de la plaza á la cabeza.
- 2º Una seccion de artillería á caballo.
- 3º La infantería de la guarnición de Madrid, representada por una compañía de cada regimiento.
- 4º Todos los convidados y los señores senadores y diputados, mezclados todos y sin guardar orden ni puesto determinado.
- 5º Cuatro maceros del Congreso, cubiertas con crepones las mazas.
- 6º La comision de gobierno interior del Congreso, y la especial nombrada para asistir á este fúnebre acto.
- 7º Los restos mortales del señor don Francisco Martínez de la Rosa, encerrados en una caja negra galeoneada de plata y cubierta con el manto de la orden de Carlos III. La caja iba colocada en una estufa que terminaba en una corona dorada, de la que salían colgaduras negras con flecos de oro, que envolvían todo el carro fúnebre. Las cuatro cintas de la caja las llevaban los señores Madoz, duque de Villahermosa, Mayans y Olózaga. El carro fúnebre iba tirado por seis caballos con paramentos y penachos negros, y conducidos por igual número de palafreneros.
- 8º El primer vicepresidente del Congreso señor don Modesto Lafuente y los cuatro secretarios señores Goicoechea, Zorrilla, Carballo y Millan y Caro, los cuales formaban el duelo.
- 9º Los individuos del tribunal supremo de Justicia, en dos filas y vestidos de toga, con el presidente del mismo tribunal, el Excelentísimo señor don Lorenzo Arrazola á su cabeza.
10. Los individuos del consejo de Estado.
11. Los mayordomos de semana y gentiles-hombres de S. M. el rey.
12. Su Majestad el rey, llevando á su derecha al infante Don Sebastian, ambos con el uniforme de capitanes generales; detras el presidente ó individuos del consejo de ministros, tambien de uniforme, y en derredor todos los jefes superiores de palacio.
13. Un gran número de generales y de oficiales de estado mayor.
14. Un escuadrón de caballería.
15. Un coche de la real casa tirado por seis caballos con penachos blancos y rojos.
16. El coche de gala de la presidencia del Congreso, el que perteneció al señor Martínez de la Rosa, y los seis coches de gala del mismo Congreso: tirado el primero por cuatro caballos y los restantes por dos.
- Y 17. Los coches de las infinitas personas distinguidas que acompañaban el cadáver, á cuyos cocheros y lacayos se habian dado hachones de cera.

En el orden que acabo de indicar, la comitiva recorrió las calles de Bailen, plaza de Oriente, plaza de Palacio, calle Mayor, Puerta del Sol, Carrera de San Gerónimo, Prado, paseo de Atocha y camino que conduce al cementerio de la Sacramental de San Sebastian.

Al llegar aquí el fúnebre cortejo, se dispararon veinte cañonazos, los mismos que habian resonado al sacarse el cadáver de la casa mortuoria.

Mientras se colocaba el cadáver en el nicho, las tropas que se habian reunido al rededor del cementerio hicieron las descargas de ordenanza, y á las dos y veinte minutos de la tarde ocupaba el señor Martínez de la Rosa su última morada, retirándose todos profundamente afectados con tan triste ceremonia.

No se han pronunciado discursos en el cementerio por hallarse prohibidos de real orden, pero se ha dis-

puesto que se inscriba el nombre del ilustre patricio en una lapida, y que se coloque su busto en el salon de sesiones del Congreso.

Los funerales se celebraron el día 15 en San Francisco el Grande.

A las siete y media el templo ofrecía un magnífico golpe de vista. El catafalco que se elevaba en su centro era suntuoso, de cinco cuerpos y profusamente iluminado. Sobre todas las cornisas del templo corrían filas de luces: Preciosos transparentes cubrían las ventanas, y en todos los altares y en todas las capillas ardian numerosos hachones de cera.

Su Majestad el rey, el infante Don Sebastian, el cuerpo diplomático, los ministros de la Corona, las primeras autoridades civil y militar, y cuantas personas distinguidas encierra la corte, se reunieron en aquel santo recinto para pagar el último tributo al noble y honrado patricio, al fecundo poeta, al distinguido orador que tan gratos recuerdos deja de su paso por la tierra en que tantos le bendicen.

Durante la ceremonia hubo un momento de alarma entre los concurrentes. Un flameró dispuesto para dar luz á uno de los transparentes que adornaban las ventanas principió á arder por su base, y como un operario pidiese agua para apagarlo, las personas que se hallaban en las capillas y que no podían comprender la causa de la agitación que reinaba, creyeron se habia declarado un incendio en la iglesia, lo que hizo agolparse á las puertas á la concurrencia; pero la quietud y tranquilidad que demostraron los principales convidados llevó la calma al espíritu del bello sexo, verdaderamente bello que llenaba todas las capillas.

Se ha dicho que Martínez de la Rosa ha dejado tres millones de reales para los pobres. Ni esto es cierto ni podia serlo; no ha dejado mas que sus cortos bienes patrimoniales en la provincia de Granada. Cuanto recibia por este concepto y del Estado, despues de cubiertas sus escasas necesidades, lo repartía mensualmente entre los pobres.

Terminaré este relato con el soneto improvisado por Camprodon en el Congreso, al saberse la noticia de la muerte del eminente repúblico.

Hélo aquí:

Perdió la libertad un gran soldado,
La monarquía un adalid sincero,
La nación mas hidalga un caballero,
La virtud mas austera un hombre honrado.
Llamémosle otra vez, nunca ha faltado
A su puesto de honor, vendrá ligero...
Al grito de la patria lastimero
¿No responde su voz? Pues ha espirado.
Mas que con llanto haremos en su abono
Si heredamos su fe; era tamaña,
Que no deja á la patria en abandono
Ni aun al herirle la letal guadaña:
Él pide á Dios la salvacion del trono,
El pide á Dios la libertad de España.

Tambien ha muerto el conde de Clonard, distinguido militar y autor de varias obras importantes. Habia recorrido los archivos de España para publicar 16 tomos de la *Historia orgánica de las armas de infantería y caballería*: obra única en su clase en Europa. Habia dado asimismo á luz el erudito *Album de la caballería española*, y estaba imprimiendo el de la infantería. Como académico de la Historia mereció premio por la *Indumentaria*. Ha dejado varios importantes trabajos inéditos, entre otros una curiosísima *Coleccion de cantos guerreros*, comentariados, de la lucha de la Independencia.

Para poner fin al lado triste de la crónica madrileña del mes de febrero, omitiendo los detalles del suicidio de un jugador de bolsa desacreditado, os referiré los de otro suicidio de un joven escritor, digno de lástima á pesar de su crimen.

El día 3 subió á un coche en la Puerta del Sol un joven de buena presencia y vestido con elegancia. Apeose en la puerta del baile público conocido con el nombre de el Ariel, y dejando en el coche una bufanda y algunos papeles, mandó al cochero que le aguardase. Entró en el tiro de pistola, donde á la sazón solo se encontraba el dueño y dos muchachos, hizo que le cargaran una para tirar al blanco, y apenas la cogió en su mano, la aplicó debajo de su barba destrozándose la laringe y la cabeza. Acudió inmediatamente la guardia civil, un sacerdote que á la sazón se encontraba allí, y se le administraron todos los socorros que el caso exigia. Los papeles hallados en el coche eran una entrega de una obra y unas cuartillas con versos, uno de los cuales parece que decia: — ¡Qué me importa á mi la vida! — Sin embargo, en estos papeles no figuraba el nombre de este desgraciado, y hasta el día siguiente no se supo.

Hipólito Plaza era un joven como de veinte y cuatro años, y se quejaba con frecuencia en el seno de la amistad, de que habia sido siempre muy desgraciado. Niño aun, quedó huérfano de padre y madre víctimas de un terrible accidente.

Aficionadísimo á la literatura, buscaba en ella un refugio á su desamparo y su tristeza, y esperaba deber al cultivo de la literatura dramática, días algo mas serenos que los nebulosos y tristes en que iba pasando la juventud. El resultado de su drama *la Penitente* no fué del todo desgraciado; pero desvaneció sin duda las esperanzas del pobre joven, quien despues de haber hecho grandes é inútiles esfuerzos durante algunos días para encontrar el auxilio y la protección que necesitaba, se sintió sin fuerzas y sin esperanzas para seguir luchando con su mala suerte, y terminó sus padecimientos. Plaza era fino y afectuoso en su trato, y con fre-

cuencia se le veía en la Biblioteca nacional, estudiando y recogiendo datos para las obras que proyectaba dar á la escena.

Dios le haya perdonado, que bien merece perdon el talento que lucha con la indiferencia de los que no conocen ni la orfandad ni la miseria.

Mudemos de decoración, y recorramos con guantes y corbata blancos, frac negro y botas de charol, los suntuosos salones que han servido de *Leteo* á los pesares públicos y privados de muchos seres venturosos, al menos en sociedad! ¡Cuánto baile, cuánto sarao! Solo la lista de los *oasis* puede dar una idea de lo que se ha gozado en Madrid durante el mes de febrero.

Dos grandes bailes en la embajada francesa, uno en honor del embajador de Turquía, que llamaba la atención por su traje oriental y su belleza idem; dos en la legación de Prusia; dos en casa de los señores de Osma; dos en la de los señores de Riquelme; uno en el palacio de la condesa de Velle, al que asistieron mas de 500 personas, y además han dado brillantísimos bailes los señores de Lasala, para inaugurar su precioso palacio al lado de la embajada de Rusia, y los señores de Soler, que amantes de la música, han obsequiado además á sus amigos con un notable concierto. Entre todos, catórc bailes aristocráticos, y esto sin contar los banquetes que la señora de Montijo, el embajador de Francia, el de Inglaterra, el presidente del consejo de ministros y algunos altos funcionarios han ofrecido á Vely-baja, embajador extraordinario en Madrid de la Puerta Otomana, quien tambien fué recibido con la ceremonia acostumbrada por Sus Majestades.

El día de esta recepción vestía la reina un traje blanco de rosa, con doble falda azul, guarnecida de encajes, y lucía en el cuello un rico collar de grandes perlas, y una diadema de brillantes. El rey llevaba el uniforme de capitán general, y Vely-baja pantalón con franja de oro, una levita de cuello recto bordado, y sobre el pecho una condecoración turca y la banda de la Legión de Honor.

Decir que los bailes de máscaras han estado animadísimo y que los anunciados en el Teatro Real, en casa del banquero Salamanca y en otros salones del gran mundo, para el próximo carnaval son el objeto de las conversaciones de los que viven en el bullicio de las fiestas sociales, sería repetir lo que habrán adivinado mis lectores al saber la fiebre de bailes que se ha desarrollado este año en la alta sociedad. Esperemos al próximo mes para ver qué tal pasan los días del reinado de la máscara, y dirijamos ahora nuestras miradas á los teatros.

Varias son las producciones que se han estrenado: siguiendo mi costumbre, os hablaré de todas. En el teatro del Príncipe se han puesto sucesivamente en escena la comedia *Juan Perez*, y el drama *Préstamos sobre la honra*.

En la primera de estas dos obras hay un villano (Juan Perez) rudo, pero honradísimo y de moral austera, y un señor cortesano de ancha conciencia y principios *flotantes*: la familia del señor (padre, madre, hijo é hija) ha pasado la temporada de verano en Fitero en casa de Juan Perez, quien por su parte tiene tambien una hija y un hijo. El señorito madrileño entretiene su ociosidad en requerebrar á la villana, la cual, coqueta como cualquier pollita cortesana, y acaso vanidosa de tal conquista, le hace luego *cara*, con cuya ligereza pierde el novio que tenia, y las muchachas del lugar satisfacen su envidia poniendo á la desventurada como ropa de pascua. Concluye el verano, el señor se vuelve á Madrid con su gente, trayéndose de huéspedes al hijo de Juan Perez, que estudia en la universidad; y la serranilla, sin galán y sin novio, da en palidecer, en llorar y en desmejorarse á priesa: entonces Juan Perez aparece la mula, y paso tras paso viene á Madrid á solicitar de su *amigo* que sea su consuegro; este se hace de pencas, y toda la terquedad y las declamaciones de Juan serian inútiles si la Providencia no le diese un arma de seguro efecto. Esa arma es el amor del estudiante villano con la hidalga señorita, amor acendrado, profundo, y tan arraigado en el corazón de la niña, como el del pisaverde en el de la que llora olvidada en Fitero. Aquella se muere como esta si le arrebatan su amante, con que «¡hija por hija!» exclama Juan Perez, y despues de algunas escenas de familia, cuando llega la hora de concluirse el drama, cede el cortesano á los ruegos de su esposa, á las amenazas del villano y al llanto de su hija, se arregla el doble consorcio, y Juan Perez torna á Fitero alegre y satisfecho, con la certidumbre de que su hija, que en el orden regular de las cosas sería mujer de un labrador, entra por su enlace en una familia principal y opulenta.

«El pensamiento no es nuevo ni oportuno. Tratado en el siglo XVII por algun poeta de la estirpe de Rojas, hubiera dado una obra de pasión y de vigoroso colorido; aun entre nosotros hace quince años, habria interesado; hoy solo pudiera conseguirlo desenvuelto en las grandes proporciones del drama trágico por un talento superior. Es ya materia gastada esa doctrina falsa de las virtudes campesinas y los vicios urbanos, como lo son la lucha de clases y las humillaciones impuestas por el pobre grosero y desvergonzado al rico débil y cobarde; no están calmados los partidos sociales extremos, mas la opinión general comprende que de la guerra entre ellos nadie puede esperar ventajas, y con su buen sentido cercena y desestima cuanto tiende á enconarlos y conducirlos al rompimiento.»

Hé aquí ahora el argumento del drama titulado *Préstamos sobre la honra*, acto por acto, situación por situación, escena por escena.

Carlos, marido de Elisa, vive en Madrid en compañía de su suegra y de su cuñada.

Un conde, amigo de Carlos, visita la casa de este con el firme propósito de seducir á aquella, y para conseguirlo forma el proyecto de sembrar la discordia en la familia y la desconfianza en el matrimonio, y provocar de este modo una ruidosa separación.

El despilfarro que hay en la casa, el genio discolo de la suegra, y mas que todo la posición difícil y angustiosa de Carlos, que se ve obligado á pedir prestado continuamente para satisfacer los caprichos de Elisa, le proporcionan los medios de realizar su proyecto. El conde pues ofrece fondos al agente de negocios de la casa, y este, que no sospecha la verdadera causa de tanto desprendimiento, los acepta y paga con ellos las deudas parciales de Carlos, hipotecando al préstamo del conde los bienes de aquel.

Don Rigoberto, coronel navarro, hombre franco y recto, informa á su sobrino Carlos de lo que en varios círculos de la corte se murmura, y le asegura que alguno de sus amigos le presta dinero con intención dañada y no muy honesto fin. Carlos tiene confianza en Elisa, pero se propone poner término al desorden de su casa y separarse, á la primera ocasión, de la suegra y de la cuñada. Elisa no irá al baile de la marquesa, ni estrenará en esa noche su nuevo aderezo de brillantes.

Elisa ignora las causas que han motivado orden tan inesperado, y empieza á dudar del cariño de Carlos; una palabra imprudente de su hermana excita sus celos.

El conde aprovecha esta coyuntura para ofrecer su coche á Elisa, que viéndose abandonada de todos, lo acepta, á condición de que el conde la acompañará hasta la puerta de la casa, en donde se convencerá al fin de la perfidia ó de la inocencia de Carlos. Elisa irá al baile de la marquesa: la señal para que suba el conde que la espera en el jardín será una luz; Carlos sorprende á Elisa en el momento de asomarse á la ventana; la cree culpable y jura castigar al miserable que así le roba su honra. En el momento mismo en que el conde acude á la señal, el agente anuncia á Carlos que aquel acaba de pagar todas sus deudas.

En el acto tercero, el coronel cuenta á la baronesa, que es la suegra, la resolución de su sobrino; Carlos devuelve su dote á Elisa, la abandona para siempre, y se marcha á Navarra con su tío, pobre ya, porque ha hecho donación al conde de todos sus bienes. Estos, sin embargo, no alcanzan á cubrir toda la deuda, y el conde se niega á dar á Carlos una satisfacción con las armas en la mano, interin este no salga de una manera honrosa de este compromiso. Carlos, fuera de sí, corre á implorar la caridad de sus amigos: el conde aprovecha esta circunstancia para aconsejar á la baronesa que salga de Madrid con sus hijas, antes de que se haga público el deshonor de Elisa; esta accede, pero Elisa se niega á poner en ejecución el proyecto, informada ya de la villana intención del conde: devuélvele en seguida las alhajas que compró para ella por medio del agente, y le exige una declaración por escrito de que sus palabras y hechos han sido infames y calumniosos: el conde se resiste, pero el coronel, pistola en mano, le arranca esa declaración.

Carlos y Elisa se reconcilian y se marchan á Navarra en compañía de su tío el coronel.

La simple exposición de la fabula es una prueba de que la comedia se ha escrito bajo la impresión que produjo sin duda en el ánimo del autor la representación de *El tanto por ciento* y de *Frutos amargos*.

En *Novedades* se ha estrenado un drama de circunstancias titulado *Los españoles en Méjico*. Esta obra ha bajado al sepulcro sin dejar huellas en la escena. Durante todo el segundo acto se emplea para sostener el interés como recurso el flujo del mar, pero no lo consigue el autor, porque sabiéndose de antemano que la composición tiene tres actos, ocurre al espectador que si la marea anegase en el segundo á todos los personajes, no habria tercer acto posible.

El Buey suelto,..., comedia del señor Dacarrete representada en el Príncipe, fué retirada por su autor porque no agradó al público.

En *Variadas*, despues de la representación de las comedias de Moratin, no ha habido otra novedad mas que el beneficio del poeta Eguilaz. Se puso en escena la *Cruz del matrimonio*, y el afortunado autor recibió una corona de laurel y un rico medallón de oro, dentro del cual habia un autógrafo que decía:

AL SEÑOR DON LUIS DE EGUILAZ.

Recibe este pobre don
Que de todo corazón
Te envío, en fiel testimonio
De aplauso y admiración
A tu Cruz del matrimonio.

Madrid 20 de febrero de 1862. — Juan Eugenio Hartzenbusch.

Lo mismo que Hartzenbusch, y mas, piensa de su obra de Vd. Agustín Durán.

Pasando al capítulo de los libros nuevos, hé aquí los que han aparecido en el presente mes:

— Con el título de *Exposición histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos y verdaderos principios de la ciencia*, ha publicado don Patricio de Azcarate una obra de importancia.

A juzgar por el prospecto, su autor expone sus opiniones y juicios respecto á los tres sistemas generales: empirico, idealista y psicológico.

Da cuenta primero de la historia que pertenece á cada uno, y despues explana la doctrina que se deduce de cada cual, y las teorías que le son propias.

La historia del primero la abraza en cuatro capítulos, que comprenden desde el renacimiento de las letras hasta Royer-Collard. Da cuenta en ella de los principios y trabajos de Lioke, Bacon, Hobbes, Condillac, Quevedo, Hume, Du Marsais, D'Alembert, Destutt de Tracy y otros muchos filósofos de la misma escuela.

En la segunda parte, que dedica al sistema idealista, trata del panteísmo místico, el filosófico y el teológico racionalista, exponiendo como complemento las teorías de Kant, Fichte, Schelling y Hegel.

En la parte tercera se ocupa de la escuela escocesa y la francesa moderna, deteniéndose en los filósofos racionalistas.

— *Ensayo sobre la tolerancia religiosa de España en la segunda mitad del siglo XIX*, escrito por el señor doctor don Vicente de Manterola.

— *Galería biográfica de españoles célebres*, con retratos fotográficos, por don Eusebio Julia y Garcia. Cada entrega se compone de una biografía con el retrato del personaje.

— *Juana la Pálida*, novela de Balzac traducida al español.

— *El Secreto en la tumba*, novela de costumbres.

La real Academia de la historia ha reunido y ordenado en colección todos los cuadernos de nuestras antiguas Cortes, que ya están impresos, y que muy pronto verán la luz pública, precedidos de una erudita y profunda introducción histórico-crítica, por el Excmo. señor don Antonio Benavides.

Con el título de *el Ictineo Monturiol*, va á publicarse en Barcelona una reseña histórica de la navegación submarina; libro rico en datos científicos é históricos, y acompañado de curiosos documentos.

Se anuncia por las esquinas de Madrid un libro con el título de *¡Malditas sean las mujeres!* El autor de este exabrupto no debe tener ni haber tenido madre.

Dos nuevos periódicos han empezado á publicarse, *el Ajedrez*, en Barcelona, y *el Se dice*... semanario satirico, en Madrid.

Se ha impreso en Búrgos la *Epistola de Q. Horacio Flaco á los Pisones*, expuesta gramaticalmente por el autor del *Compendio de la latinidad*, con algunas notas críticas acerca de la *Exposición gramatical*, crítica, filosófica y razonada, que publicó don Raimundo Miguel.

Ventura de la Vega ha leído en una reunión literaria un fragmento de la bellísima traducción que está haciendo de la *Eneida* de Virgilio.

El señor duque de Rivas ha sido elegido presidente de la real Academia española, por la casi unanimidad de sus individuos.

La municipalidad de Sevilla ha resuelto grabar una lápida en memoria del célebre cantante sevillano Manuel Garcia, y el 15 por la noche se inauguró en Granada la escuela de canto y declamación de Isabel II, que ha organizado y constituido el célebre artista Ronconi.

Para la próxima exposición universal de Lóndres se van á mandar todos los cuadros que han sido premiados en las últimas exposiciones de bellas artes. Sus Majestades la reina y el rey han ofrecido enviar el cuadro del señor Manzano, de *los Reyes Católicos*; el del señor Gishert, del *Príncipe Don Carlos*, hijo de Felipe II; el del señor Sanz, que se conoce con el nombre de *Libertad é independencia*; el del señor Llanos, *el Lazarillo de Tormes*. El Congreso se ha prestado gustoso á facilitar el cuadro de *los Comuneros*. Del Museo nacional van los siguientes: el de *Don Alvaro de Luna*, original del señor Cano; el de *Don Fernando IV el Emplazado*, y el de *la Semiramis*, del señor Casado; el de *Sócrates en casa de Alcibiades*, del señor Hernandez; el *San Pablo*, del señor Lozano; *Dos países*, del señor de Haes; y el *Interior de la catedral de Toledo*, del señor Gonzalbo.

Faltaria á mi deber de cronista si dejase de consignar otros dos sucesos que han llamado la atención de Madrid en el mes que termina hoy.

El primero es la supresión de la lotería primitiva.

Mis lectores recordarán que no hace mucho les di cuenta de un prójimo que habia ganado con 1,000 reales 4 millones. A consecuencia de esto se despertó de tal manera la afección hacia el juego, que en las últimas extracciones ha habido centenares de jugadas de mil y mas reales. Ultimamente, para la extracción que debia celebrarse este mes, se habia hecho una jugada de 20,000 reales, y otra de 27,000. En estas circunstancias el ministro de Hacienda creyó que habia llegado el momento de poner un remedio pronto y decisivo al verdadero delirio que ha asaltado á los jugadores, con ruina acaso de sus familias, ó de los intereses públicos. Si las dos jugadas intentadas hubieran obtenido los favores de la suerte, el Tesoro público hubiera tenido que abonar 280 millones.

Pero la supresión ha desesperado al público, y no sabiendo sobre quién descargar su mal humor, hicieron víctima de sus iras á un infeliz foforero de la calle de Toledo, un foforero *enano* de quien cantan los chicos:

¡Ay, qué pena y qué dolor!
A Matías el foforero
Le han hecho tambor mayor.

Pues bien; corrió la voz de que este ser inofensivo era el autor de crímenes espantosos desconocidos de la ley, se dijo que robaba los niños á sus padres, en fin le presentaron como un monstruo en *pequeño*.

Los rumores se han desvanecido ante la verdad, como las sombras ante el sol.

Todo era pura calumnia, ¿y sabéis porqué? — Porque el tal fosforero indicó al jugador que ganó los 4 millones los números que debía elegir.

Esta ganancia ha motivado la supresion: el ganancioso es rico, ¿quién se atreve con él? — ¿Con quién pegarla entonces? — Nada mas natural, con el fosforero.

¡ Ah! ¡ mundo, mundo!...

A propósito, acaban de traerme noticias sumamente interesantes de la pareja harapienta de que os he hablado en mis anteriores revistas; se confirma que son hermanos, que han pertenecido a una clase elevada... se dice que son ricos... — pero acaban de dar las siete, el correo va a partir, y no puedo detener un instante este artículo.

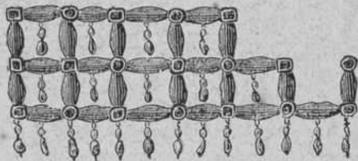
Esperad un mes mas, y seré con vosotros.

JUAN DE MADRID.

Madrid 28 de febrero de 1862.



Corona votiva del abad Teodosio.



Fragmento de corona.

Las nuevas coronas de Guarrazar.

Desde que el terreno de la Fuente de Guarrazar cerca de Toledo entregó a los estudios de los arqueólogos las magnificas coronas de oro que hoy se admiran en el museo del hotel de Cluny, se han hecho otros hallazgos. Primeramente, una corona aislada y bastante sencilla se ha reunido en el museo con las otras (véanse los dibujos de las primeras en nuestro número 323), y luego otras, cuyos dibujos publicamos, han podido quedarse en España y entrar en el museo de Madrid.

La mas importante, casi igual a la del rey Reccesvinto que posee la Francia, tiene suspendidas de su diadema letras de oro incrustadas de cristal granate, que forman este fragmento de inscripcion:

† SV... TL... NV REX OFF... T,

Los vacíos que se hallan en el nombre del rey donador son fáciles de llenar teniendo a la vista la historia, pero de dos maneras distintas. Efectivamente, se pueden hallar en los dos nombres *svnitlanvs* y *svnitlanvs*, los elementos necesarios para colmar los huecos de la inscripcion.

Pero sea cual fuere la version que se adopte, como los dos reyes godos Suintila y Chintila reinaron en Toledo poco tiempo despues el uno del otro y solo algunos años antes de Reccesvinto, las coronas de Madrid y de Paris pertenecen a la misma época, a mediados del siglo VII, y al mismo arte. Este arte es el que los pueblos venidos de Oriente al través de la Germania, sea cual fuere el nombre que les den, introdujeron en Occidente, y que se encuentra siempre igual por todas partes, desde las orillas del mar Negro, hasta las del Sena. Este arte se halla caracterizado por sus pedrerías purpurinas incrustadas en el oro, como observa M. F. de Lasteyrie en la hermosa publicacion que ha consagrado al tesoro de Guarrazar. De esa manera están adornadas las armas que pasan por haber pertenecido a Childerico, y las descu-



Corona votiva de Suintila.



Cruz votiva de Lucentius.



Piedra labrada.

biertas últimamente en el departamento del Aube, que han sido regaladas por el emperador al museo de Troyes. Sin creer con M. P. Delacour, como ha tratado de probarlo en sus *Estudios sobre el lugar de la batalla de Atila*, que esas armas que ha publicado en su Memoria sean las de Teodorico, se puede afirmar que son las de un jefe franco. Las coronas de Guarrazar que tienen una fecha segura, son preciosas para precisar una época y una fase del arte.

La segunda corona formada de una simple diadema de oro colgada de cuatro cadenas, está recortada de modo que forma esta inscripcion:

† Offeret minusculum sco Stefano Theodosius abba,

que significa que el abad Teodosio hizo esa pequeña ofrenda a san Esteban.

La cruz y la inscripcion demuestran que esas coronas, aunque dadas por los reyes, son en su mayor parte co-

ronas votivas. Sin embargo, pueden haber sido hechas a imitacion de las que llevaban los principes y los reyes, y tenemos por prueba un busto en marmol del museo del Louvre, que representa a Honorio, emperador de Occidente, muerto en 423. Este busto de un arte barbaro, contemporaneo de la invasion de Alarico en Italia, manifiesta cierta influencia del arte gótico en la diadema que ciñe la cabeza del emperador. Es una hilera de cuadrados vaciados y yuxtapuestos como esas mallas de oro que forman la mayor parte de las coronas de Guarrazar.

Pero si una ó dos de esas coronas han podido ser usadas por los principes, no hay duda que la mayor parte de ellas se han hecho para el uso eclesiastico y para colgarlas en los altares de las iglesias. Efectivamente, en los marfiles y en las miniaturas de la época carolingia, se figuran coronas colgadas sobre los altares. Además, los autores eclesiasticos contemporaneos, como Anastasio el Bibliotecario, Juan Diacono, Gregorio de Toms, los legendarios citados en las *Acta sanctorum*, abundan en citas donde hallamos la descripcion casi textual de las coronas de Guarrazar, coronas dadas por papas, obispos ó abades.

Estas coronas tenían regularmente una cruz suspendida de su centro — *regnum cum cruce*, — y una de estas cruces, desprendida sin duda de una corona, se encontró al mismo tiempo que las dos coronas que publicamos. En ella se lee esta sencilla inscripcion grabada:

† In nomine Dni nomine sci offeret Lucentius, i.

Con este monumento epigrafico se ha desenterrado una piedra grabada, cuyo asunto ejecutado de un modo barbaro figura la *Anunciacion*.

Esta piedra trabajada que representa el arte antiguo degenerado, demuestra que influencias debieron combatirse en aquellas épocas oscuras. Producto de sociedades que se descomponian para recomponerse, las coronas de Guarrazar ofrecen curiosos problemas de estudio, y me-



Fac-simile de un dibujo de S. M. el rey Don Pedro V, difunto rey de Portugal.

recen toda la atención que les ha sido dada. Arte y costumbres, todo lo que nos revelan es nuevo, y debemos felicitarnos por la casualidad que las ha conservado intactas hasta el día, para que entren en museos donde se guardarán... quizá menos tiempo que en el seno de la tierra.

A. D.

Fac-símile de un dibujo

DE S. M. DON PEDRO V,
DIFUNTO REY DE PORTUGAL.

Nos ha parecido curioso copiar aquí un bonito dibujo ejecutado en el año 1859 por Don Pedro V de Portugal. Desde sus mas tiernos años, el joven rey habia manifestado una afición á las artes, que probó despues protegiéndolas generosamente. Un crecido número de artistas portugueses, los señores Annunçiação, Metrass, Victor, Bartos, Souza, Christino, Rezende y otros talentos nacionales, encontraron cerca del malogrado monarca un apoyo que fué el fundamento de su popularidad.

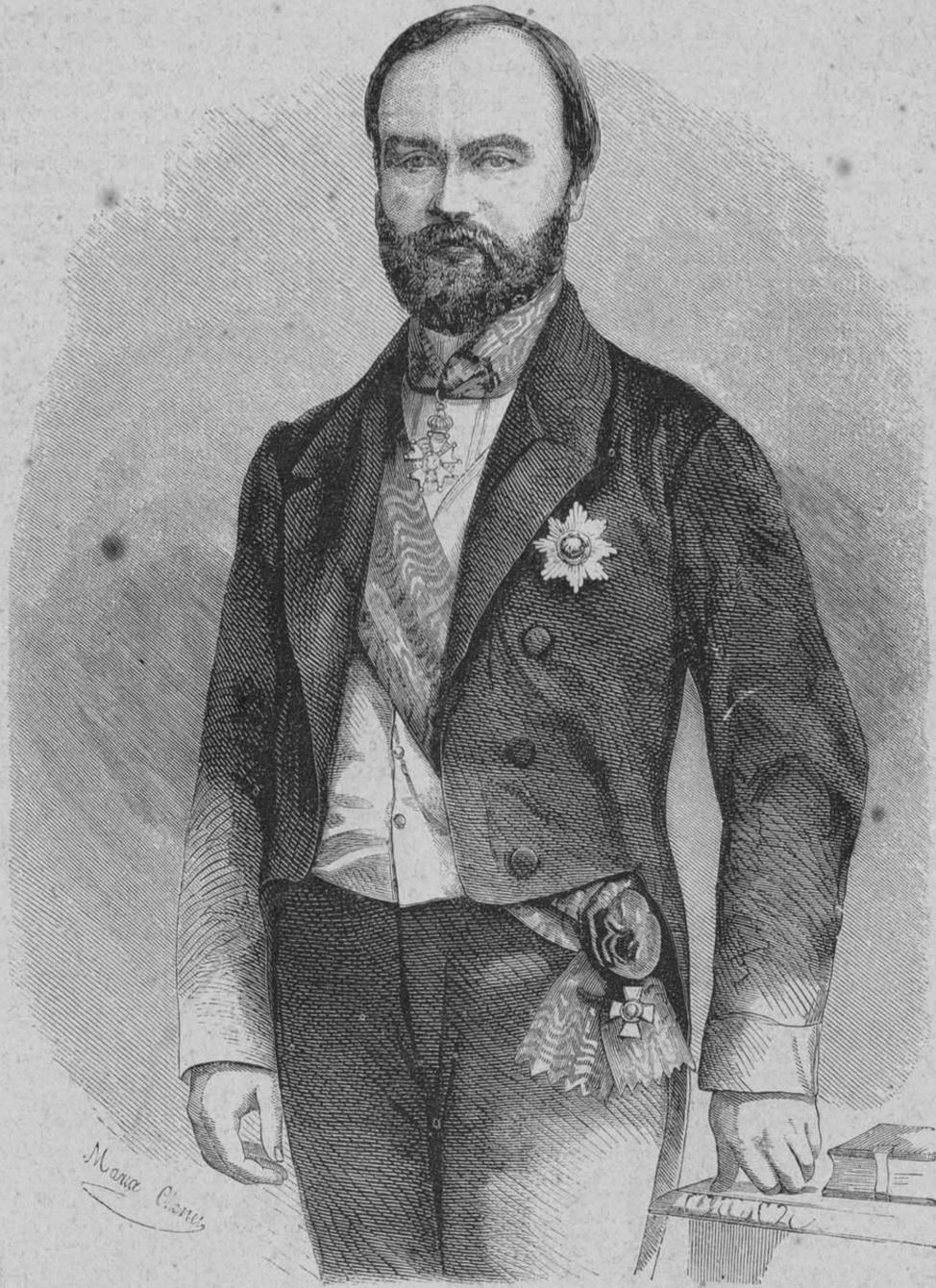
El rey Don Pedro no se limitó á tener afición á las artes, sino que quiso honrarlas haciéndose artista tambien, y la muestra que damos de su talento denota que en S. M. el sentimiento y el gusto se hallaban felizmente secundados por un conocimiento muy recomendable del dibujo.

R.

Expedicion de Méjico.

M. DUBOIS DE SALIGNY, MINISTRO DE FRANCIA EN MÉJICO. — NOTICIAS DE LA EXPEDICION EUROPEA.

Damos en este número el retrato de M. Dubois de Saligny, ministro de Francia en Méjico, llamado á desempeñar un papel importante en las negociaciones, que segun parece están á punto de abrirse. Las noticias que tenemos hoy de la expedicion alcanzan hasta el 8 de febrero. Va-



M. Dubois de Saligny, ministro de Francia en Méjico

mos á resumir á continuacion lo mas interesante que contienen las crónicas españolas que han llegado por el último correo.

El vapor de guerra *Francisco de Asis*, que salió de Veracruz el juéves 30 de enero, habia entrado en la Habana el 4 de febrero, conduciendo 114 enfermos procedentes de nuestro ejército expedicionario de Méjico, y á pesar de que algunos se encontraban muy graves, y que la premura con que se hizo el embarque no permitió á los médicos del hospital facilitar las relaciones del estado de los dichos enfermos, habian llegado cuidados y asistidos con tal esmero, que ninguno se ha agravado; antes bien todos ellos, hasta los que ofrecian mas cuidado, se han mejorado durante la travesia.

El general Prim habia visitado los hospitales, habiendo dirigido á los que se encuentran en ellos palabras de consuelo. Las calenturas es la enfermedad dominante.

El paquete inglés habia llegado de Veracruz dos dias antes del de la salida del *Francisco* llevando á bordo, entre otros pasajeros, al señor don Miguel Miramon, ex-presidente de la república mejicana. Los representantes de las tres potencias aliadas habian convenido con anticipacion que si llegaba este caso, se aprehendiera al señor Miramon y se le condujera á bordo de la fragata capitana inglesa *Challenger*.

Y en efecto, apenas se señaló en el castillo de San Juan de Ulua la entrada del paquete inglés, se dieron los avisos necesarios y pasaron á bordo tropas inglesas auxiliadas por francesas y españolas, y llevaron á efecto lo anteriormente acordado.

Esto no obstante, por convenio de los representantes de las potencias aliadas, se permitira al general Miramon regresar á la Habana, como lo habia verificado en efecto el 11 en la fragata inglesa *Phaeton*.

El mismo dia 28 á las siete de la noche volvieron á Veracruz el señor brigadier Milans y los demás comisionados que habian ido á Méjico á con-



Teatro de la Opera Cómica. — *El Joyero de San James*, acto II, escena XIX. — (Véase la *Revista de Paris* del número 478.)

ferenciarse con el gobierno. En todas partes habian sido muy bien recibidos, y particularmente en Méjico, donde fueron muy agasajados.

El ministro de relaciones, señor Doblado, les habia dado un convite á que asistieron los ministros y varios personajes. El mismo obsequio les dispensó el ministro de Hacienda, tío de la señora condesa de Reus, habiendo concurrido casi todos los parientes de dicha señora, la cual habia salido de la Habana para Veracruz acompañada del señor ayudante que habia ido en el *Francisco*, unido á S. E. con un estrecho parentesco.

No se sabe de cierto lo resuelto por el gobierno mejicano, pero segun rumores, habia acordado consultar á los Estados mas influyentes y abrir inmediatamente conferencias en Jalapa, á fin de acordar lo que fuese mas conveniente para el pronto y digno arreglo de las cuestiones pendientes con los aliados. En vista de esto se habia dispuesto que una parte del ejército expedicionario avanzara desde el paso del Toro hacia Jalapa y Orizaba.

Con el señor brigadier Milans llegaron el señor Zapacoma, el jefe de estado mayor del general Uraga, y algunas otras personas notables de Méjico.

El señor general Uraga obsequió mucho á los comisionados las dos veces que pasaron por su campo.

En el vapor *Francisco de Asis* habia llegado tambien á la Habana el señor Prats, ayudante de campo del conde de Reus.

En el vapor *Alava* salieron tambien el 7 de febrero de Veracruz para la Habana 300 enfermos de calenturas intermitentes.

Para evitar la continuacion de las fiebres que tanto asolan á nuestro ejército, habian ido de Medellín y del Paso del Toro á Veracruz los batallones de Cuba y cazadores de Bailen, que ocupaban los dos puntos mencionados; la Union, que estaba tambien en el Paso del Toro, se trasladó de nuevo á la Tejeria, la primera brigada de que forma parte el regimiento del Rey, avanzó hasta Santa Fe, punto que dista unas cuatro leguas de Veracruz, camino ya de Jalapa.

En la Tejeria hay tambien 1,200 franceses de infanteria de marina que tienen en un barracon unos 200 enfermos de intermitentes y disenteria; una legua mas allá, camino de Jalapa, están los zuavos; estos tienen solo 35 enfermos; el resto de los franceses está todavía en el cuartel llamado del Fijo; á pesar de su corto número tienen unos 150 enfermos en su hospital; pero les faltan camas, sábanas y medicamentos; el 6 pidieron prestados á los botiquines de nuestro ejército varios pomos de sulfato de quinina, pues ya se les habia concluido su repuesto, y no se encuentra esa medicina en las boticas por el gran consumo hecho de tal sustancia.

Los ingleses hasta ahora escapan mejor: alojados en el mejor cuartel, aun no han sentido el rigor de las intermitentes, que cercenan las filas francesas y españolas: solo tenían los ingleses el dia 7 de febrero 62 enfermos.

Una correspondencia de Veracruz fecha del 8 de febrero dice lo siguiente:

« Nos tiene Vd. en vispera de marthar al interior; el general ha manifestado su voluntad decidida, y solo se aguarda la reunion de los trasportes que faltan para emprender la marcha resueltamente al interior con las suficientes raciones por *si forte*. Todas las señas son de que lo haremos en son de paz, porque el pais no está por la guerra. A toda clase de personas, desde las que son mas altas á las mas bajas, les he oido expresarse así, y cuando la opinion es tan compacta no es fácil que se quebrante.

Hasta ahora no hemos tenido mas contratiempo que los enfermos: éstos no han sido en tanto número en la ciudad como en los campamentos. La humedad, el calor y los sufrimientos inherentes á esa situacion no podian menos de dar estos resultados en un clima como este.

A cuantas noticias alarmantes se le comuniquen, póngalas en cuarentena, pues de la posibilidad de la ruptura de hostilidades se habla como de cosa muy remota. Que se hará todo en buena paz y armonia es lo probable, sin embargo, el *posse* no lo niegan los teólogos, ni yo tampoco.

El *Eco de Europa*, periódico que ha empezado á publicarse en Veracruz, dice en su número del 4 del actual lo que sigue acerca de la situacion de Méjico:

« Todos los dias circulan tantos, tan diversos y tan contradictorios rumores sobre la situacion de las cosas en el interior de la república, que nadie sabe á qué atenerse. El sabado por la mañana corrió la noticia de que habia ocurrido una revolucion en la capital, dando por resultado la fuga del señor Juarez y de sus ministros. En la tarde se dijo que no era verdad esto, sino que los generales Zaragoza, Lamadrid y otros se habian pronunciado contra el gobierno porque este habia aceptado las proposiciones pacíficas de los aliados.

El dia siguiente se desmintieron ambas noticias, pero ayer circuló otra que probablemente se desmentirá hoy; y es que los gobernadores de varios Estados han protestado energicamente contra la administracion, porque se presta á tratar de un arreglo con las potencias aliadas, mientras que las fuerzas de estas ocupan una parte del territorio. La verdad es que estos y otros rumores no tienen ningun fundamento sólido, y que la misma razon hay para circularlos hoy que para desmentirlos mañana, mientras no existan comunicaciones mas faciles con el interior.

Una correspondencia de Veracruz asegura que el gobierno de Juarez en principio acepta el *ultimatum*, pero no está conforme con la permanencia de tropas ex-

tranjeras en el territorio mejicano. Los reaccionarios, que se hallaban muy animados con la llegada de Miramon, han mirado con disgusto su detencion.

Revista de Paris.

Nadie diria que hemos enterrado el carnaval y que nos hallamos en cuaresma. Los bailes y las fiestas continúan en Paris lo mismo que en las semanas anteriores, si se exceptuan las regiones oficiales y algunas casas del barrio de San German, donde se perpetuan religiosamente las tradiciones antiguas. Es verdad que se buscan pretextos; aquí se anuncia una soirée musical, y al cabo de un par de horas de piano y romanzas, diversion tristísima en efecto, los convidados se abandonan al torbellino de la polka mazurka y de los rigodones. En otra parte se representan comedias que concluyen del mismo modo; en suma, no se puede asistir hoy á ninguna reunion nocturna por intima y reducida que pueda ser, sin que no tengamos el consabido fin de fiesta.

En el museo del Luxemburgo se ha abierto esta semana un nuevo salon, que es muy visitado en la actualidad por las personas aficionadas al arte moderno. El museo del Luxemburgo, existente en el hermoso palacio del mismo nombre, situado en la orilla izquierda del Sena, fué creado por Luis XVIII, con el fin de reunir en coleccion las obras del arte contemporáneo. Para realizar este proyecto eligieron en las residencias reales y en los almacenes del Louvre todas las obras principales de la escuela francesa; luego se hicieron en el extranjero importantes adquisiciones, y por último, se decidió que al fin de la exposicion anual de pintura y de escultura, el Estado compraria las obras mas notables para enriquecer con ellas este museo. Además, se resolvió igualmente, que despues de la muerte de sus autores, se recogerian entre sus obras expuestas aquí las de mas mérito, para darlas un postrer asilo en los salones del Louvre.

Ahora bien, cuando muere uno de estos artistas, sus obras desaparecen en un espacio de tiempo mas ó menos largo, hasta que alcanzan los honores de pasar al Louvre, que no todas consiguen, como dejamos apuntado anteriormente, y en este intervalo, que suele ser de muchos años, el público se hallaba privado hasta aquí de la vista de esos objetos de arte que ofrecen siempre un vivo interés al observador, si no precisamente por su mérito, al menos porque ellas continúan la sucesion de las manifestaciones artísticas en Francia. El director del museo del Luxemburgo acaba de remediar este inconveniente, destinando un salon especial á las obras de los artistas que han fallecido desde 1850.

Las obras mas importantes que se hallan en esta nueva galeria son las que llevan los nombres de Roqueplan, Mercey, Joyant, Ziegler, Vinchon, Steuben, Abel de Pujol y Scheffer. Llama particularmente la atencion entre estas pinturas el *Tepidarium*, donde M. Chasseriau ha poblado de elegantes figuras de un buen estilo, una sala de temas hallada intacta en Pompeya.

El salon que encierra estos cuadros se encuentra al extremo de la galeria principal del Luxemburgo.

Los periódicos de esta semana han anunciado la muerte de un octogenario que habia sabido crearse una existencia feliz en los últimos años de su vida, gracias á una estratagemá que debe ponerse en conocimiento de todos los que se encuentran en el triste caso en que él se hallaba.

Este anciano era un comerciante retirado de los negocios, que á la edad de setenta años se habia hecho este filosófico razonamiento:

— Amigo mio, has llegado á una edad avanzada, y con la mejor voluntad del mundo, no puedes menos de confesar que tus fuerzas disminuyen de dia en dia; tu vista va de mal en peor, tu oido se entorpece; el paseo te cansa, y el teatro ha perdido para tí todos sus hechizos, porque no ves ni oyes como antes.

Sin embargo, es preciso buscar un medio de combatir el enojo; tienes que procurar que al menos te soporte la gente. Necesitas saber las cosas que pasan en el mundo, comer acompañado, y por las noches jugar un rato á las cartas.

¿Cómo harás, amigo mio, para cubrir estas necesidades?

Una idea se me ocurre: poseo un capital de 300,000 francos y estoy solo en el mundo, pues aunque tengo sobrinos, ellos son mas ricos que yo y pueden prescindir de mi herencia; además, no estoy muy satisfecho de su comportamiento conmigo.

Coloco pues mi capital en renta vitalicia, lo que me dará un rédito crecido, y emplearé mi dinero del modo siguiente:

Elegiré media docena de casas, donde me recibirán todo el año con los brazos abiertos, gracias á un par de billetes de mil francos que entregaré á principios de año á cada una de las señoras que están á su frente, para que socorran á los pobres del barrio.

Cuando una niña se case la regalaré una joya, que me pagará con sus sonrisas mas graciosas.

El dia de Año nuevo seré generoso cual ninguno con las personas de la casa, y sin olvidar á ninguno de los criados. ¿Qué digo olvidar? Si hay un perro ó un loro tendrán su parte tambien en los aguinaldos.

Esto por lo que toca al exterior; en cuanto al interior, las medidas que he de tomar no serán por cierto menos importantes. No quiero que ninguno de mis criados pueda desear mi muerte; al contrario, lo que me propongo es interesarlos en mi vida.

Cada año les aumentaré el salario que ganan en una proporcion extraordinaria, y si alguno me deja recibirá su cuenta y nada mas. Además, tendrán regalos segun sus méritos y servicios, y esto suscitará entre ellos una rivalidad que no podrá menos de redundar en mi favor.

Así calculó el comerciante, y al punto puso en práctica su ingenioso sistema.

Poco tardó en observar sus buenos resultados; en las casas que eligió para distraerse le recibian con mil agasajos, le col-

maban de atenciones y de obsequios, y solo una idea entristecia á las buenas señoras provistas de abundantes recursos para socorrer á los pobres, la de su muerte. Era la providencia de los niños, los criados se disputaban el honor de servirle, y para decirlo todo, hasta los perros le habian cobrado cariño, pues siempre llevaba en los bolsillos ciertas provisiones que eran esperadas con impaciencia.

Diez años ha pasado el comerciante disfrutando de la existencia feliz que se habia prometido, y á su entierro han asistido mas de cien personas, que profundamente agradecidas le lloraban de veras.

Un autor y un impresor han tenido una contienda en la que ha debido intervenir la justicia.

El caso es muy chistoso: se trata de un libro que ha sido impreso y vendido hasta el último ejemplar sin que le haya leído nadie. ¿Qué misterio hay aquí?

M. B... habia escrito una novela que habia dado á imprimir á un impresor parisiense; pero hé aquí que concluida la impresion, el autor no juzgó el momento oportuno para dar á luz su obra, y pidió que la almacenaran hasta nueva orden.

Efectivamente, así se hizo, y la orden en cuestion ha tardado en llegar mas de diez años.

¿Con quién habia hecho este convenio el novelista?

Con un regente de imprenta, que al salir de la casa se llevó el secreto de lo que habia convenido con el autor.

Pasan pues los diez años que hemos dicho, y nadie se acuerda de la obra, ni siquiera el autor; pero al cabo de este tiempo, el novelista inédito viene á saber de repente que su produccion anda corriendo Paris bajo la extravagante forma de los cucuruchos en que envuelven los tenderos de comestibles los artículos de su comercio.

En presencia de esta humillacion, el autor reclama su libro, ó en su lugar una suma de diez mil francos.

— ¡Qué locura! exclama asustado el impresor; por esa cuenta la obra me saldria á diez francos el ejemplar, lo mismo que un volumen de Lamartine.

— Usted lo ha vendido y debe pagar, exclama exasperado el novelista.

— Sí, pero ¿cómo lo he vendido? Al peso.

— No me importa, el libro ó el dinero.

— ¡Ah! qué ingratitud; quizá debería Vd. darme gracias porque he dado una salida tan completa á una obra que sin eso jamás la habria tenido.

— Mi libro ó el dinero, repito.

— Además he obrado de buena fe; creí que era papel viejo que á nadie pertenecia, porque nadie le reclamaba, tenga usted paciencia.

Podriamos prolongar este interesante diálogo, pero la parte que falta no es mas que un epilogo de invectivas, y preferimos llegar al desenlace, diciendo que el tribunal ha condenado al impresor á pagar seiscientos francos al novelista.

El teatro de la Grande Opera de Paris nos ha dado en la semana última uno de esos grandes espectáculos que admiran siempre por el lujo de las decoraciones y de los trajes, por las felices combinaciones de un aparato escénico, que en razon á su excesivo coste solo puede plantear un teatro que tiene á su disposicion abundantes recursos pecuniarios. Representábase la *Reina de Saba*, libretto de MM. Michel Carré y Jules Barbier, música de M. Gounod, que el público esperaba con impaciencia, gracias á los elogios anticipados que circulaban sobre esta novedad teatral, que debía ser una gran sorpresa para todos y un acontecimiento para el arte. Veamos pues hasta qué punto el éxito ha correspondido á tales esperanzas.

Allá por las épocas de Salomon, los habitantes de Saba, capital de la Arabia Feliz, tenían una reina llamada Balkis, que maravillada con las pinturas que la habian hecho de las magnificencias de la corte de Soliman (Salomon), resolvió hacer una visita á la Judea para admirarlas por sus propios ojos.

Al principiar la ópera nos encontramos en el estudio de un famoso escultor llamado Adoniram, el grande artista encargado de producir las figuras gigantescas que deben adornar las plazas públicas y los monumentos de Jerusalem.

Adoniram está pidiendo al cielo la inspiracion para llevar á cabo una de sus obras colosales: la ciudad entera está alborozada porque acaba de llegar la reina, excepto el escultor que no quiere tomar parte en su alegría; preocupado con su trabajo, observa el metal hirviendo del que debe salir la produccion que coronará su gloria.

Tres obreros se presentan á él y reclaman el título de maestros que se ha concedido á otros de su clase; pero Adoniram, sin tomar en cuenta su pretension, los manda que se aparten de su presencia: ¡funesta resolucion que nos dará despues un desenlace trágico!

La reina de Saba en el colmo del asombro al distinguir la vasta coleccion de obras maestras que adorna el palacio del rey sabio, quiere conocer al autor de tales maravillas.

— Adoniram, dicen al artista, la reina te llama.

Y Adoniram no tiene mas remedio que ponerse en camino.

— ¡Ah! cuánto siento, exclama la reina al verle, no poderte felicitar ante las legiones de operarios que trabajan bajo tu direccion.

Adoniram responde que no hay nada mas fácil; y trazando en el aire un signo simbólico, van apareciendo como por encanto los diferentes gremios de artes y oficios, con sus banderas desplegadas para desfilas delante del trono.

¿Debemos indicar que Salomon se ha enamorado de la reina y que será su rival el celebrado artista? — Nuestros lectores habrán adivinado ya que así lo exige la marcha del drama.

En el segundo acto vemos á la reina de Saba paseándose muy melancólica, á los primeros resplandores del naciente dia, por medio de una selva.

¿Qué motiva sus meditaciones al cabo de una noche de insomnio?

Adoniram ha estado á punto de morir pocas horas antes; su grande obra ha fracasado; el metal se ha precipitado como un torrente, y mientras ella á duras penas ha podido salvarse, él ha corrido á ocultar su vergüenza... ¿quién sabe si tendrá aliento para volverse á presentar delante de los que fueron sus admi-

radores? Sí, Adoniram tiene valor para acudir ante la reina, y lo que es más, para decirle que la ama locamente.

Entre tanto Soliman, que anteriormente había arrebatado á Balkis por medio de una estratagema un anillo que ella reservaba para su futuro esposo, lo dispone todo para sus bodas.

Hace cuatro días que la llama sagrada arde en el altar: ¿cómo no aparece la novia?

Soliman descubre la traición; llama al artista, intenta seducirle con regalos que él no admite; entonces le amenaza, y Adoniram responde que se halla á la cabeza de un ejército de cien mil obreros.

Balkis pide un día de plazo para casarse; en ese tiempo halla modo de echar un narcótico en la copa del rey: Soliman bebe, se duerme, ella le quita el anillo, y recobra su libertad para huir al punto con su amante; pero ¡oh fatalidad! aquellos tres trabajadores que en vano reclamaron el título de maestros se vengán á puñaladas, y Balkis no encuentra ya más que un cadáver.

La música que M. Gounod ha compuesto sobre este argumento tan majestuoso como falto de todo interés, es de una monotonía que se desmiente muy pocos instantes durante cuatro horas. Diríase que el autor ha desdenado hacer lo que han hecho hasta ahora todos los compositores conocidos, arias, duos, tercetos, piezas concertantes; cada acto, desde el principio hasta el fin, es una sinfonía continuada, sin que en ella se destaquen con claridad ni la parte de los instrumentos ni la de las voces. Suprimase todo lo que habla á los ojos, es decir, que la curiosidad del espectador no se halle excitada por las decoraciones, por las maniobras de los batallones de comparsas y por la acción puramente dramática de los artistas, y quedará una obra imposible á todas luces. A este punto ha llegado la música francesa á fuerza de querer inclinarse al estilo alemán, del que sin embargo dista tanto. Los alemanes no han escrito nunca sin inspiración, que en música como en poesía es la condición indispensable, y aquí se cree que la ciencia puede suplirla cuando falta. Deploramos que M. Gounod haya entrado en esta vía, donde seguramente no le esperan ni los triunfos ni la popularidad que ha obtenido con su excelente partitura del *Fausto*.

Omitimos hablar de los artistas, pues si se exceptúa el duo en donde se declaran su pasión el escultor y la reina, y el aria final de esta última, no tienen realmente ocasión de lucir sus facultades de cantantes.

Lo que sí es digno de señalarse y con grandes elogios, es el aparato escénico. Como muestra de la magnificencia con que se ha querido exornar la *Reina de Saba*, damos en las páginas 184 y 185 de este número la segunda decoración del primer acto; á la derecha se ve la entrada del templo, y en el fondo la ciudad santa: las legiones de obreros de Adoniram están formadas delante de la reina, y mientras el coro entona cánticos de alabanza, Balkis rodea la garganta del artista con un collar de pedrerías, en prueba de la admiración que la causa la vista de sus gigantescas creaciones.

MARIANO URRABIETA.

Las primeras flores.

(Continuacion.)

Ya se le ve largo espacio
Inmóvil, los ojos fijos
De alguna nube distante
En el vapor blanquecino:

Ya, extasiado, en el plumaje
De púrpura y de zafiro
Que entre las hojas ostenta
Algun galán pajarillo;

Ya á sus trinos sonriendo
Con intenso regocijo,
Como quien oye y celebra
Las pláticas de un amigo:

Ora de un hueco secreto
En el tronco de un jarillo
Saca, apartando las ramas
Que ocultan la entrada, un libro;

Y en la página marcada
Anuda de nuevo el hilo
De una leyenda ó un canto
La víspera interrumpidos.

Al ver cuán franco y resuelto
Atravesando plantíos
Llega, y sienta sus reales
Bajo el pabellón umbrío,

Flores tomando á su paso
Cuántas place á su capricho,
Solaz dándose y regalo
Cuanto anhelan sus sentidos,

Sin que mastines le ladren
Ni le dé guardian permiso,
Señor del lugar creyérase
Al visitador furtivo;

A no ser que de la quinta
A que está el jardín contiguo,
Por la ancha y trillada senda
Jamás bajar se le ha visto,

Y á no ser, por el contrario,
Que en el cercado vecino
Se ve un portillo que ha abierto
Para darse paso él mismo.

No está desierto, no obstante,
De la quinta el edificio,
Ni falta á aquellas praderas
Quien riego les preste y cuido;

Pues con frecuencia se advierte
Ocupado en su cultivo
A un viejo que poda ó siembra,
Hoz en mano ó hierro al cinto,

Roja gorra y verde traje,
Extravagante capricho
Que un sobrenombre chistoso
Del mancebo le ha valido;

Y oyesse entre la hojarasca
También el dulce ruido
Que hace una falda de seda
Que agita un pie fugitivo;

Y ya le guarden las flores
Aromas más exquisitos,
O ella los vierta, á su paso
Todo es clavel, todo es lirio.

Pero ¿quién es esa silfa?
¿Qué la conduce á estos sitios?
Horas del alba, altas palmas,
Auras y flores, ¡decidlo!

¡Oh! mes, del año alegría!
¡Qué dulces son los delirios
Que nos das tan generoso
Y nos quitas tan esquivo!

¡Hortelanos, á las eras!
¡Las niñas al prado, al río,
Que se van las alboradas
Del mayo verde y florido!

C'est lui, c'est le rêveur,
(V. HUGO.)

«Yo soy el ave sin nido,
Dejadme á solas cantando,
Que así me ven y me dejan
El invierno y el verano.

Una voz no hay en la tierra
Que me llame hijo ni hermano:
Por eso en las soledades
Voy la del cielo buscando.

¡Benditas las almas sean
Que dan al huérfano amparo,
Las que desnudo le visten,
Las que le calzan descalzo,

La que trenza sus cabellos
Y una gota de su llanto
Deja en ellos, en la pobre
Ausente madre pensando;

La que el nombre de María
Enseña á sus tiernos labios,
Y á hacer á su frente pura
El santo signo á sus manos!

Nunca logren ver cumplida
La cuenta de sus ganados;
No den hojas sus plantíos,
Para vestirse de granos;

Y entre las muchas llamadas,
Sean, con el signo sacro,
De las pocas escogidas
El gran día del espanto.

En el fondo de mi alma
Tengo un altar consagrado
En donde unido tu nombre
Con el de mi madre guardo.

¡Bendígate Dios, la pródiga,
Lá de la piadosa mano!
Mas á almas de muerte heridas
Jamás riquezas curaron.

Yo no apetezco tu oro:
Llámeme tu hija hermano,
Y tu hija y tus caudales
Para quien los quiera guárdalos.

Mas... ¡Silencio! ¡no me oigas!
¡Calla, corazón ingrato!
No es bella, pero es su hija:
No la amo, mas soy su esclavo.

Hacedme fiel compañía,
Brisas, árboles y pájaros,
Que no hay otra que convenga
A un corazón solitario.

Yo soy el ave sin nido,
Dejadme á solas cantando,
Que así me ven y me dejan
El invierno y el verano.»

Este sencillo romance
A media voz entonando,
Ibase el doncel un día
Atravesando los prados.

Si era lánguida la letra,
Melancólico era el canto;
A su frente ni una nube
Daba sombras, sin embargo;

Y su aspecto, como siempre,
Era más bien el de un lago
Dorado por las auroras
Y por las auras rizado.

Eran los primeros días
De su vagar solitario:
Su derecho á aquellos sitios
Aun no estaba confirmado;

Antes bien, ya de los suyos
Celoso el viejo hortelano
A quien hemos visto al lejos
A la labranza entregado,

Aquella mañana misma
Aprestábase á hacer alto
Al segador de sus flores,
Al violador de su Estado.

De sus fueros revestido
Y guarecido de un árbol
Se estaba el guardian, su ceño
Y su discurso estudiando,

Cuando salvando el portillo
A aquel ve con porte franco,
Y oye las frases primeras
De su fugitivo canto.

Como la incauta alimaña
Que presta oído en su daño
Al silbo leve, y el cuello
Entrega dormida al lazo;

Tendiendo el guardian el suyo,
Rindiéndose fué al encanto
Y despejando su ceño
Y su discurso olvidando.

Por eso cuando el mancebo,
Traspuesto al fin el espacio
Que entre uno y otro mediaba,
Al guardian pasa cercano,

Este, trémulo á su aspecto
Cual si viese un ser fantástico,
Y en movimiento instintivo
Como para abrirle paso,

Descúbrese, dobla el cuello,
Se hace atrás, y en él fijando
Luego los ojos, á sordas
Queda repitiendo extático:

«Si eres el ave sin nido,
Prosigue á solas cantando,
Y como te ven te dejan
El invierno y el verano.»

— ¡Gaspar! una voz á poco
Sacándole de su pasmo
Dice tras él, dulce, armónica,
Entre un espeso enramado.

— Y bien ¿qué os parece? exclama
Volviéndose el hortelano.
¿Ya lo veis? yo que os decía
Que el niño era un ente raro...

JOSE ANTONIO CALCAÑO.

(Se continuará.)

Un año de matrimonio,

POR EMILIA GARLEN.

(Continuación.)

La joven se levantó queriendo sofocar aquella horrible idea que no la abandonaba un instante, el recuerdo de la mirada que á veces había sentido clavada en ella.

— ¿Estoy loca? se preguntaba; ¿debo soportar resignada y muda ese espectáculo que todo el mundo conoce? ¿Soy una heroína de novela, ó una mujer que conoce sus derechos? ¿Aceptaré que los violen así y que vaya á ver á esa mujer, á esa mujer, que es la primera que se avergüenza y que le suplica no ponga mas los pies en su casa? ¡Dios mío! ¿Qué partido tomar?... No obstante, es preciso hacer algo.

Al cabo de un terrible combate consigo misma, se decidió á guardar silencio. Pero aun quedaba una dificultad: ¿cómo devolver aquel billete á María sin que ella pudiera suponer que había estado en sus manos?

— ¡Apelar al conde? Era un hombre delicado y discreto, mas sin embargo, ¿cómo se atrevería á mezclarle en aquella especie de intriga, rebajándose hasta cierto punto á sus ojos, cuando era amigo de Hermann?

No, este recurso era imposible. En cuanto á Teresa, era delicada también, pero demasiado perspicaz, todo lo adivinaba.

Lavinia llamó y acudió el mayordomo; era precisamente el hombre que necesitaba; silencioso como un mudo, fiel como un perro, y totalmente incapaz de penetrar el motivo del encargo que le confiaban.

En este momento entró el coronel. La joven no esperaba verle, y por lo tanto no había pensado aun cómo se conduciría en su presencia; la sorprendía en lo mas fuerte de una excitación que su voluntad no había dominado aun, y así todas las palabras que profirió en el coloquio que hemos relatado ya, fueron casi involuntarias. No se dió cuenta de su significación alternativamente altanera, amarga y dolorosa, sino cuando Hermann se halló fuera del aposento. Entonces se sintió turbada en su corazón, y resonaron de nuevo en sus oídos estas palabras como un eco funesto y profético: « Si mañana á la hora del almuerzo no habeis cambiado de resolución, á las diez los caballos y el carruaje estaran dispuestos.»

Si partiera y todo quedaria concluido para ella; lo sentía en la horrible angustia de su corazón.

Teresa entró en este instante. — Mandareis poner un trineo, la dijo Lavinia, necesito tomar el aire, y no podria dormir si no saliera un poco. Como es la hora en que mi marido juega al ajedrez con el conde, preguntad al mayordomo si no me podria acompañar.

— El tiempo está muy frio, y no sé si... el mayordomo se atreverá á sacar los caballos sin licencia del coronel.

— Decidle que lo mando yo, exclamó Lavinia con un tono que no admitia réplica; saldré dentro de un cuarto de hora.

Teresa bajó observando que jamás su difunta señora se habria atrevido á dar órdenes sin licencia del coronel.

Un cuarto de hora despues salia el trineo con Lavinia y el mayordomo. La joven estaba agitada y silenciosa. Hacía tiempo que se paseaban, cuando el sargento, que no osaba desplegar los labios sin que su ama se lo mandase, sintió que Lavinia le tocaba al brazo al propio tiempo que le decía con rapidez:

— ¿Puedo pedirlos un favor?

— ¡Dios mío!... ¡A mi tal pregunta!... Yo, que me dejaria hacer pedazos... Bien, bien. La señora Elista ha perdido en mi cuarto un billete, que quiero devolver sin que se pueda recelar que ha estado en mis manos; le entregareis diciendo que le habeis hallado en la escalera.

— ¡En la escalera, yo! Es verdad que habria podido suceder... pero ¿á quién he de entregarle?

— A quien pertenece, á María Rhenmann, y me agrada saber mañana que está entregado.

Y sacando el billete de su bolsillo le puso en manos del mayordomo, quien se contentó con decir sencillamente:

— Yo mismo haré el encargo.
— Y sin decir una palabra á nadie; ¿me entendéis?
— Si, señora.
— Gracias; ahora volvámonos, pues hace mucho frio y no me encuentro buena.

En el momento en que el trineo se paraba delante del peristilo, la luz de los faroles alumbró á un hombre que estaba allí de pié apoyado en una columna y cubierto de nieve. Antes que el sargento se hubiese apeado, este

contró con Lavinia que se marchaba en el trineo. Me quedé esperandola hasta que volviese, y he ahí lo que me ha retrasado.

— Además hay otra cosa, y es que tú estás enfermo ó triste.

— Ni uno ni otro; tengo sueño y estoy muy cansado, de modo que tomaras solo el té, pues yo voy á acostarme.

Tomó una luz, salió del salon y se fué á su cuarto. Ya podia dormir, la habia visto entrar, la habia tocado, pero media hora de indecible angustia habia que-

en lo sucesivo, separado de su mujer llevaria una vida miserable, y que con ella podia ser feliz; lo habia conocido en aquella alegría tan loca como intensa que rebotó de su corazón en el momento en que oyó el trineo y descubrió el velo blanco de Lavinia.

Y justamente en ese mismo momento en que su razon ilustrada ya no contestaba á su corazón lo que formaba la mejor parte de su vida, toda esa felicidad iba quiza á desvanecerse: ¿qué haria Lavinia? ¿Una mujer tan orgullosa como era ella, se rebajaria hasta el punto de retractarse?

ello... ¡Oh! no, Lavinia, nunca sabrás lo que he padecido hoy, no tendrás ese triunfo.

El mismo día y á la misma hora, Lavinia estaba sentada delante de una mesa y con la pluma en la mano parecia dispuesta á escribir; pero mas de dos horas trascurrieron sin que hubiese trazado una letra. Miraba la hora, se levantaba y se volvía á sentar por la vigésima vez, mojaba la pluma en la tinta, pero no escribia; no sabia cómo expresar lo que pasaba en su corazón. No podia resignarse á disculparse sin que un ademán de su marido le animara á ello. En efecto, ¿cómo le ha-

— El señor conde no ha bajado aun, pero el coronel está esperando.

Si ella corria á él, si con algunas palabras afectuosas, una sola bastaria, borraba de su mente la penosa impresión de la vispera y se olvidaba todo... pero no, esto era demasiado para ella... mejor seria escribirle dos palabras...

— Probemos, se dijo.

Y se volvió á sentar y volvió á tomar la pluma. ¡Imposible! ¡Imposible! La pluma se cayó de nuevo sobre el papel.

— ¡Debo partir pues! Humillarme y humillar á Hermann es superior á mis fuerzas... ¡cuanto sufro!

Se estrechó el pañuelo sobre sus hombros y salió con presteza de su aposento, sin detenerse hasta que se halló en la puerta del comedor.

— ¡Estais encantadora esta mañana, la dijo el conde ofreciéndola una silla; ¿se ha pasado completamente la jaqueca?

— Gracias, me encuentro muy bien; Hermann, vuestra taza.

El coronel alargó la taza, y quiso la casualidad que se tocaran sus manos; entrambos alzaron la cabeza y se miraron; la mirada de Lavinia era conciliadora; la de Hermann sombría; una mirada no podia cambiar su situación. Lavinia, con el corazón comprimido comprendió que no podia resistir á su destino; era preciso que se resignara á sufrirlo... la mirada de su esposo se lo decía así... y sin embargo, algunas horas antes ella habria podido cambiar en alegrías las miserias que la esperaban. ¡Oh! ¡cuán loca habia sido!...

El almuerzo tocaba á su fin, y todos estaban silenciosos y preocupados.

En esto llegó el correo; entraron las cartas al coronel y entre ellas habia una para Lavinia. Hermann se la entregó; la joven la abrió impaciente, pues habia reconocido la letra de Rodolfo. Un instante hubo un silencio absoluto en el comedor; cada cual se hallaba entregado á la lectura de su correspondencia, cuando Lavinia exclamó:

— Querido Hermann, es preciso que me permitais partir dentro de algunas horas; mirad, Julia esta en peligro, y quiza en este instante mi pobre Rodolfo se queda viudo.

Y dió al coronel la carta, que contenia estas palabras apenas legibles:

« Te suplico, Lavinia, que en cuanto hayas recibido esta carta vengas a verme. El cielo me ha dado un hijo, pero Dios sabe cuantas horas conservaré á mi amada Julia. El médico no me quiere dar ninguna esperanza. El correo sale; recibiras esta escuela mañana; puedes estar aqui dentro de veinte y cuatro horas, no me abandonas.»

— Tu hermano — RODOLFO. — Hermann, ¿me permitis que vaya? Con dos semanas tendré suficiente tiempo, y en los primeros dias de abril estaré de vuelta.

Lavinia en presencia del conde y del mayordomo que acababa de entrar, no sentia ya timidez alguna.

— No tijeis época, quiza podreis regresar mas pronto, dijo el coronel con una voz tan conciliadora como lo eran sus palabras.

Se levantaron de la mesa, y el coronel tomando el brazo de Lavinia, la llevó hacia una ventana y la dijo:

— ¿De veras estais resuelta á volver así que hayais cumplido con vuestros deberes en casa de Rodolfo?

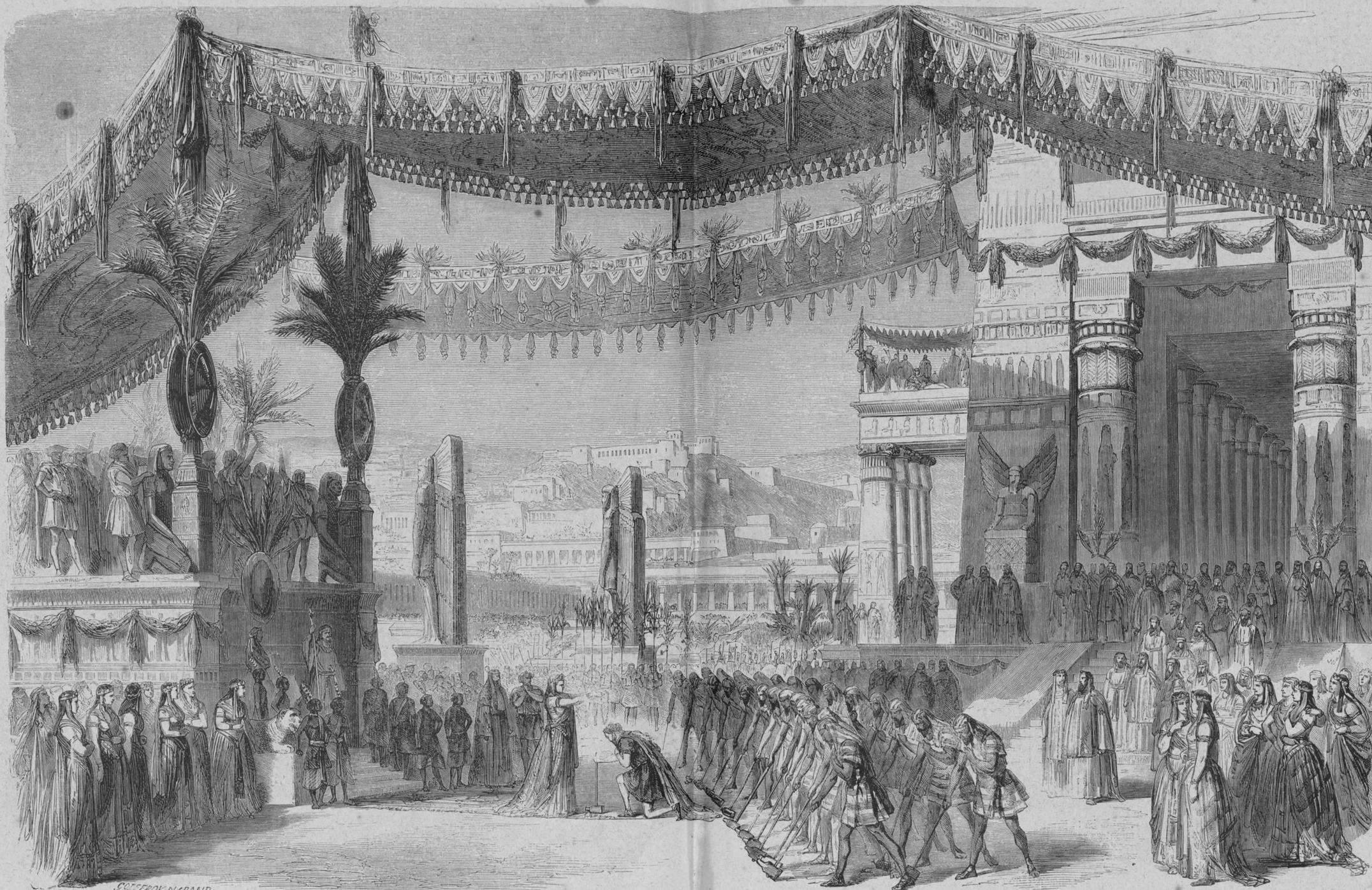
— Hermann, ¿podeis preguntármelo?

— Otra cosa más preguntaré.... Quiero saber cuando habrais vuelto sin esa carta de Rodolfo que da un motivo aceptable a vuestro viaje.

— Hermann, respondió con una voz suave y cariñosa, si mi hermano no me hubiese escrito, yo no habria hablado de semejante viaje; y pienso que comprendiendo mi silencio, os habrais portado como un vencedor generoso.

A estas palabras cuya veracidad atestiguan el rubor de su frente y la turbación de sus ojos, el coronel estuvo a punto de estrecharla contra su corazón, que hacia tanto tiempo palpaba por ella; sin embargo, se armó de dureza, se humilló delante de sí mismo, pero sus labios no se abrieron... Lavinia no pudo saber todo el amor que aquel corazón le enviaba, pero comprendió que estaba apaciguado.

— Veo que me habeis perdonado, Hermann, le dijo Lavinia, que conocia que la victoria era suya; hacédme



Teatro de la Academia imperial de música de Paris. — *La Reina de Saba*, acto primero, escena II. — (Véase la Revista de Paris.)

hombre se precipitó al trineo, tomó en sus brazos á Lavinia, subió el peristilo y no la soltó sino cuando hubo entrado en el vestibulo.

Era el coronel, que estaba pálido como un difunto y que fijó una mirada tan profunda, que Lavinia sintió flaquear sus piernas. No dijo una palabra; se volvió al salon y ella corrió á su aposento.

— ¿Qué hay? preguntó el conde al verle entrar, ¿por qué te has marchado tan deprisa?

— ¡Oh! por ningún motivo importante; oyendo un caballo á la puerta he querido ver quién salia, y me en-

brantado mas su cuerpo que no le habria podido quebrantar una campaña de tres meses.

XVIII.

Ahora el coronel conocia toda la fuerza de la pasión que le ligaba á Lavinia; durante aquella hora que habia pasado esperandola, sin saber si volveria ó no, habia sufrido bastantes emociones contrarias para saber que

Apenas durmió, y se levantó muy temprano con el fin de tener delante de sí algunas horas antes del almuerzo.

— Quiza me escriba diciéndome que aplaza su viaje, se decía; pero ya son las nueve... me escribira... es demasiado altanera para retractar una palabra de lo que ha dicho; aun cuando se despedazara su corazón se callaria... ¡yo y!... á mi no me toca hablar; pero ¡ya es la hora!

Le anunciaron que le esperaba el almuerzo.

— Todo está concluido, se dijo, no pensemos mas en

bia de confesar el motivo que la vispera le habia conmovido tanto? Ya no solo la contenia la idea de humillar á Hermann, sino la de declarar que habia sentido el tormento de los celos. ¡Celosa! No, jamás le haria tal declaración. Nadie tiene celos tratándose de una persona indiferente; ¿cómo los podia ella tener de aquel hombre que hace seis meses aborrecia, y que dentro de seis meses...

— Señora, os espera el almuerzo.

— ¡Ya! ¿cómo es posible que sea tan tarde? ¿Los señores estan en la mesa?

el favor de prevenir al mayordomo que tiene que acompañarme.

— ¿Y porqué no me confiáis ese cuidado?

Lavinia se sonrió con cierta confusión.

— Mi querido Hermann, por muchas razones es preferible que yo viaje sola.

— Como gustéis; os acompañaré por el camino lo mas lejos que pueda, pero sin llegar a casa de Rodolfo, y cuando volváis también os saludaré a buscar a la mayor distancia posible.

— Gracias, Hermann, gracias, pero si Rodolfo se queda solo, tendré que prolongar mi ausencia.

— ¡Oh! No hablemos de eso, repuso el coronel, no pongamos en lo peor todas las cosas. Tratad de volver, Lavinia, ya sabéis que seréis bien recibida aquí... cuanto antes será mejor, pero de todos modos, haced vuestro gusto... no os impongais por mí la menor violencia.

Lavinia le dió las gracias, y dos horas despues los dos esposos se hallaban en camino.

El conde dejó al día siguiente el Rosenberg.

XIX.

Lavinia había partido a mediados de marzo; mayo había ya reverdecido todos los bosques que rodeaban el Rosenberg; las praderas se esmaltaban de nuevo, y el coronel no había recibido aun ninguna carta que le anunciase el regreso de su esposa.

Julia, que verdaderamente había estado a dos pasos del sepulcro, estaba salvada; pero la convalecencia era muy lenta, y sus imprudencias la comprometían a cada instante, de modo que Lavinia, aplazando de semana en semana el día de la despedida, se encontraba aun con ella.

— La menor cosa puede hacerla recaer gravemente, había dicho el médico; necesita muchísima precaución y los mayores cuidados.

Y únicamente Lavinia podía cuidarla, pues Rodolfo se hallaba demasiado abatido para obrar, ó demasiado débil para resistir a las exigencias de la jóven madre, exigencias infinitas y que nada podía satisfacer, ni la tierna solicitud ni la presencia constante de su marido. Cuando se acercaba a ella le decía que le incomodaba; cuando se alejaba no tardaba mucho en exclamar que estaba cansada de ella y la huía. Si le suplicaba que leyera en alta voz y Rodolfo la observaba que el médico se lo tenía prohibido, se deshacía en lágrimas declarando que ninguna mujer era tan desgraciada como ella, que todas veían límites en su dolor, y que ella no los conocía; y luego por un cambio súbito, se disculpaba porque hacia padecer tanto a su amado Rodolfo, y maldecía todos sus caprichos. Pero si el amado Rodolfo aprovechando tan buena ocasion, la suplicaba que se calmara y la recordaba que las lágrimas eran para ella muy peligrosas, entonces gritaba sollozando que todo el mundo tenía al menos derecho de llorar, y que a ella se lo prohibían; que no solo debía padecer, sino que debía no quejarse.

Y Rodolfo desesperado no sabía qué partido tomar; sin embargo, delante de Lavinia no tenían lugar estas contestaciones. Una vez que había manifestado su voluntad era preciso conformarse a ella, y acababa siempre por obtener lo que pedia, gracias al ascendiente singular que era propio de su naturaleza; de modo, que Julia que no la había tenido cariño hasta entonces, la cobraba afecto, porque sabía apreciar cuánto valía allí su presencia, y la suplicaba que no la abandonase. Lavinia cedía pues contra su voluntad, pues hacia tiempo que habría querido regresar al Rosenberg.

Por fin el médico declaró a Julia fuera de todo peligro; ya se levantaba hacia cerca de quince días, y el único remedio que la prescribieron aun, fué que pasara una temporada en el campo. Lavinia repitió en nombre de su marido y en el suyo propio el convite de ir a pasar algun tiempo al Rosenberg; pero desde aquel momento, todas las instancias de su hermano para que permaneciera mas en su compañía fueron inútiles; había recibido una carta de Hermann, en la cual se quejaba friamente de que tenía que renunciar al placer de verla antes del día en que se hallaba en la precision de marchar al campamento. Lavinia contestó al punto, que solo esperaba para volver al Rosenberg, al mayordomo que debía acompañarla.

Con sentimientos imposibles de describir Lavinia esperaba en aquel aposento que había visto sus bodas, aquel mismo carruaje que hacia seis meses la había conducido al Rosenberg. Es verdad que en lugar del coronel no veía ahora mas que al mayordomo; pero sin embargo su corazón rebosaba de alegría, y una impaciencia febril la devoraba.

¡Cómo había cambiado el tiempo sus pensamientos y sus ideas! ¿Pensaba ahora con dolor en el Rosenberg y en su amo? No por cierto. Aquella turbación que la agitación era hija de su ardiente deseo de ver a su marido... ¡La separación había sido tan larga!

Pero de repente un pensamiento sombrío vino a desvanecer toda su alegría; el mismo carruaje que ahora vendría a buscarla la llevaría dentro de dos, tres ó cuatro meses ¿a dónde?... poco la importaba saber adonde, puesto que jamás debía volver a ver el Rosenberg.

— Y sin embargo, ¿quién sabe? se decía... no sería la cosa mas extraña y mas incomprensible; otra mas inexplicable ha pasado en mi corazón... pero no; el coronel se mantendrá firme en lo que ha dicho... nos separaremos, y él libre entonces irá a buscar...

Contra su voluntad siempre acudía a sus labios un

nombre que no se borraba de su mente. Este nombre la perseguía por do quiera reunido con el de Hermann: ¡Maria! Sin duda aquel billete no estaba escrito con un ardor de amante, pero acusaba demasiada intimidad para ser de un indiferente. Era preciso que existiera entre los dos un lazo secreto, y ella empezaba a odiar a aquella jóven con toda la fuerza de una pasión invencible.

— Sin embargo, se decía para ofrecerse un consuelo a sí misma y justificarse a sus propios ojos, estoy segura de que en mi ausencia no la habra visto ni una sola vez.

Por fin la anunciaron que había llegado el carruaje.

El mayordomo la dijo que su amo no había podido venir a pesar de sus deseos, pues se lo habían impedido las faenas campestres.

Era una decepción para Lavinia, cruel quizá, aun cuando respondió sonriendo que ella no le aguardaba. Bastante le había hecho esperar para que tomara su desquite. Sin embargo, mandó que cambiasen los caballos a fin de partir inmediatamente, y ninguna súplica la hizo variar de resolución. Cada instante de tardanza la era insostenible; por fin, los preparativos se concluyeron; se despidió casi con indiferencia de Julia y de Rodolfo y se puso en camino.

Cuando se halló en el carruaje oyendo los gritos del postillon que excitaba a los caballos, se calmó; pensó en el instante de ver al coronel; y deseaba que le hablase de él el mayordomo, aun cuando no se atrevía a pedirselo.

No obstante, al cabo de una larga pausa, exclamó:

— Pienso que mi esposo habrá tenido algunos amigos durante mi ausencia y que habrá hecho algunas visitas.

— ¡Oh! No, señora, nadie, y no ha salido sino para ir todas las tardes a Kullen.

— ¡A Kullen! ¡A casa de María Rhenmann!

Lavinia medio sofocada se recostó en los almohadones del coche.

Se había pues aprovechado de su ausencia para reanudar unas relaciones criminales. ¡La veía todas las tardes!... Ahora se explicaba la frialdad de sus últimas cartas; la querida le había hecho olvidar a la esposa, y ella iba a verse sin amigos, sin protector cerca de aquel hombre que la engañaba; tendría que sufrir la humillación de su indiferencia, la vergüenza de sus secretas visitas; su corazón se despedazaba dentro de su pecho. Ocultó su cabeza en sus manos y se puso a sollozar sin que el mayordomo la oyera.

— Señora! ¡Señora! exclamó el sargento con una animación inusitada, ahí viene el coronel.

Lavinia se asomó y vió a Hermann que se dirigía a galope hacia el carruaje; pero cuando estuvo tocándole se paró con el mayor asombro. Había dicho al sargento que quería sorprender a su señora; mas todas las halagüeñas esperanzas que habían llenado su corazón durante el viaje se desvanecieron en un segundo.

Cuando su mirada encontró la de Lavinia, comprendió que nada había olvidado, que no había perdonado nada. Aquella mirada era en un todo semejante a la que lanzaron sus ardientes pupilas en el momento en que, contra su voluntad, había traspasado el umbral de su dormitorio, y era que en efecto, las preocupaciones que la agitaban ahora eran las mismas. En la acción de su marido no veía mas que una impúdica hipocresía; acababa de dejar a su querida a fin de llenar un deber vulgar. Las megillas de Lavinia se cubrieron de llamas que secaron instantáneamente las lágrimas que por ellas corrían.

— Os habeis dado un mal rato por mí, murmuró Lavinia; lo siento mucho.

— Ya lo estoy viendo.

El coronel dijo estas palabras sin ira, pero con una tristeza inexplicable.

Lavinia se calló.

— Mucho os ha debido costar dejar a vuestro hermano; aun tenéis señales de lágrimas en el rostro.

— Son naturales en este momento.

— Muy naturales, y por eso temo servir de estorbo a vuestros recuerdos y a vuestras emociones; ¿no sería mejor que os dejara continuar sola?

Lavinia comprendió la necesidad de salvar al menos las apariencias, y haciendo un esfuerzo para vencer su repugnancia, exclamó:

— ¿Qué decís, Hermann? ¿Habeis andado tanto para volveros solo? ¡Oh! venid conmigo.

El coronel que había deseado ardientemente continuar sin ella aquel viaje emprendido con esperanzas tan cruelmente engañadas, se vió no obstante en la precision de sacrificarse a la necesidad, y mientras sentía que su abrasada cabeza se trastornaba, experimentaba como la sensación de una mano helada que estrechaba su corazón y ponía término a sus latidos.

Jamás había sufrido un dolor tan agudo, nada que se pudiese comparar con lo que entonces sufría. Hacia cinco semanas que ansiaba llegara aquel momento que su anhelo y su amor le pintaban como el mas dulce de su vida, pues desde la marcha de su mujer, abatido hasta lo mas recóndito del alma, había comprendido lo que valía para él su presencia; durante cinco semanas había repasado en su memoria aquellas rápidas palabras que mediaron entre los dos en el momento de la partida; había contado con su regreso para desquitarse de todas las amarguras de su ausencia... y ahora su mayor sentimiento era que Lavinia no poseyera el carácter recto y puro que durante largo tiempo la había atribuido. ¡Qué de cambios en ella en el espacio de dos meses! ¡Qué de alternativas de pasajera intimidad, de frecuentes enojos! ¿Con que era una mujer caprichosa, cuando la había creído tan apacible y tan igual? ¿Porqué

aquella acogida despues de las líneas amistosas que le había escrito?

En los primeros minutos de su reunion y andapdo ya el carruaje, entrambos guardaron silencio; tenían necesidad de dominarse, de recogerse y de examinarse mutuamente para presentarse otra vez el uno al otro con una nueva máscara, pues su destino quería que tuviesen que ocultar siempre lo que les turbaba, con apariencias de indiferencia é impasibilidad. Lavinia conoció que por segunda vez había dado a su esposo un legítimo motivo de resentimiento, que le había herido en lo mas hondo del corazón, y lo conoció en aquella tristeza sin ira, pero tan profunda, que la parecía imposible no fuera eterna. Si en realidad hubiese sido lo que era a los ojos del mundo, su marido, no habría vacilado en abrirle su alma, en mostrarle todas sus sospechas, todas sus angustias, todos sus celos; pero ¿qué derecho la daba a su benevolencia aquel matrimonio simulado, aquella union transitoria cuyo fin estaba tan cercano?

— Lavinia, preguntó el coronel, ¿preferiríais ir a tomar baños a quedaros en el Rosenberg mientras me halla yo en el campamento?

El coronel sentía la necesidad de hablar y no sabía cómo hacerlo.

Lavinia se sonrojó al oír esta proposición.

— Os agradezco, respondió haciendo un esfuerzo, que hayais pensado en proporcionarme esa distracción; pero no puedo aceptarla, porque debo permanecer en Rosenberg, adonde nos debe llegar gente.

— ¡Ah! Me había olvidado de vuestros huéspedes; ¿cuándo vendrán?

— A fines de junio, esto si un motivo cualquiera no os obliga a prescindir ahora de vuestro convite.

— ¡Yo! Vuestros deseos son mis leyes; estoy dispuesto por el contrario, a convidar a todos nuestros conocimientos, para convertir el Rosenberg en un centro de placeres, si eso puede agradar a vuestros hermanos. Si, que se vuelva mi casa un palacio encantado, que todos los días haya paseos a caballo, bailes por la noche y comedias; en fin, que la vida en el Rosenberg sea una vida estrepitosa y loca, como si estuviésemos celebrando los últimos días de nuestra existencia!...

El coronel pronunció estas palabras con un ardor extraño. Lavinia comprendió la ironía y la amargura que rebosaban, pero provocada de un modo tal, respondió en el mismo tono:

— ¡Oh! Sería divino; no os daba yo una imaginación tan fecunda; ¿a quién debeis pues esos pensamientos?

(Se continuará.)

Apuntes de un viaje a España

POR M. DE RIBEYRE DE VILLEMONT.

(Véase el número 476.)

¡La Alhambra! ¡Granada! ¡nombres mágicos, recuerdos poéticos que apenas son inferiores a los de Grecia y Roma! ¿Quién no ha soñado una vez en su vida una peregrinación a ese santuario del arte árabe en España, «esa obra que solo el Oriente ha podido inspirar, y que solo han podido ejecutar artistas moros,» como dice Zorrilla? En presencia de tales maravillas se conoce cuán imposible es toda descripción. Preciso es limitarse a contar sencillamente las impresiones del momento, que a pesar de su desorden tienen al menos algo de vivo y de verídico. Felizmente, las encuentro en algunas cartas que escribía yo en aquellos sitios, *in medias res*, a un antiguo amigo que me acompañaba en mi viaje por España sin moverse del lado de su chimenea.

Granada 16 de marzo de 1861.

Mi querido A.: Entre las numerosas sierras que cortan la España en todos sentidos, y que la dan en el verano un aspecto de tristeza y aridez, un acaso feliz de la acción volcánica levantó la Sierra Nevada hasta doce mil pies, formando así un depósito inagotable de las nieves y los hielos del invierno. ¡Cuántos siglos de trabajos, de genio y de sacrificios no necesita el hombre para fundar un imperio! La naturaleza procede por vías mucho mas sencillas; algunas rocas y un poco de nieve, y hé ahí los torrentes del Genil y del Darro; hé ahí esa deliciosa y fecunda vega de Granada; hé ahí las ricas colonias fenicia y romana de Illiberis y de Elvira; hé ahí el reino de Granada, mas célebre y mas conocido, porque estuvo mas cerca de nosotros.

Desde mi ventana, en la fonda de la Alameda, distingo de una ojeada esa magnífica cordillera de montañas cuyas nevadas cumbres se destacan tan claramente sobre el azul del cielo. Nada es tan hermoso como los últimos rayos de un sol de España que tiñen el horizonte de tonos vigorosos, en tanto que las sombras que bajan son del carmin mas puro. Sentado en mi sillón, contemplo a mis anchas a ese precioso espectáculo en medio de las mas dulces meditaciones. Sin embargo, a mi solitario no me está mal perderme en los sueños; pero vos, amigo de lo positivo y de la realidad, necesitáis sin duda alguna cosa mas interesante. Vamos pues a dar un paseo juntos por la Alhambra.

Atravesemos primeramente la plaza de Vivarambla donde en otro tiempo los moros corrían el toro y celebraban sus torneos, y donde mas tarde la inquisición hacia sus lúgubres autos. Las casas que la rodean son casi todas modernas y hacen la mas triste figura en un

tal lugar que hoy se llama la plaza de la Constitución. Entremos en el Zacatín, el antiguo bazar de los moros, que ha conservado su nombre y su fisonomía oriental; una callejuela estrecha y tortuosa dominada por balcones que sobresalen unos sobre otros, de tal modo que desde los mas altos la gente se puede dar la mano, y tiendas sombrías y misteriosas que presentan en el exterior telas de colores chillones. A nuestro paso distinguimos mas de un resto morisco restaurado y blanqueado con cal, y ya subimos la antigua calle de los Gómeles, que penetra por una puerta de estilo Médicis en los jardines de la Alhambra. Estos jardines son un pequeño valle plantado en sus vertientes de olmos y de alamos, y regado por los arroyos que bajan de la Alhambra. Durante los calores del verano debe ser un paseo delicioso.

A nuestra derecha asoman entre los arboles las torres Bermejas, construcciones de ladrillos que remontan, según dicen, a los fenicios, y sin mas interés que su situación pintoresca y su antigüedad; a la izquierda se dibuja sobre la altura un grueso torreón cuadrado tambien de ladrillos. Bajo esta puerta se abre la torre llamada, desde su fundador, Puerta del Juicio, y por ella debemos entrar en la Alhambra.

Detengámonos un instante bajo ese elegante arco morisco de mármol blanco sin ningun adorno. La bóveda es de una proporción admirable. Encima se encuentran la mano y la llave simbólicas, y luego mas arriba hay una inscripción en gruesos caracteres africanos, que traducida dice así:

«Hizo construir esta puerta llamada la Puerta de la Ley (¡que Dios haga prosperar por ella la ley del islam, como ha hecho de ella un monumento de eterna gloria!) nuestro señor el príncipe de los musulmanes, el sultan guerrero y justo, Abul-Hachach-Jusuf, hijo de nuestro señor y sultan guerrero y santificado Abul-Walid-Ebn-Nasr. Fué construida en el mes del nacimiento del Profeta, el año 749 (1348 de Jesucristo). ¡Que Dios haga de ella una fuerza protectora, y se digne inscribirla entre las acciones buenas y duraderas!»

Cuenta la historia que el sultan Jusuf I fué un gran príncipe. Sucedió en 1333 a su hermano y a su padre, ambos asesinados, y él tambien murió asesinado en 1354. ¡Qué de sangre, qué de crímenes en ese palacio encantado! Teólogo, casuista y legista distinguido, no menos que buen arquitecto, quiso establecer en ese torreón avanzado un tribunal donde daba audiencia y hacia justicia en persona, cumpliendo así el deber sagrado para un jefe de los creyentes de explicar el Alcorán, el código civil, político y religioso del islamismo.

Atravesamos un pasaje angosto cerrado con muchas puertas, y henos aquí en el patio interior de la Alhambra. ¡Qué desengaño a primera vista! Ante nosotros están los pozos de los algibes cubiertos con sus sombreros chinos; a la derecha una construcción baja y cuadrada, un palacio al estilo de la época de los Médicis, sin puertas ni ventanas, sin techumbre, una cosa que no es ni ruina ni monumento, que se halla ahí no se sabe por qué, sin objeto y sin uso; a la izquierda una pared de ladrillos muy alta y flanqueada de torres cuadradas medio destruidas. Eso es todo; no se descubre señal alguna de las maravillas de la Alhambra.

Salgamos pronto de este patio insignificante que por todos lados no nos presenta mas que inexplicables edificios; volvamos la espalda al palacio por concluir de Carlos V, que ya volveremos luego. Una puertecilla a la izquierda penetra por la pared de ladrillo y da acceso a un espacio triangular rodeado de muros y de bastiones en ruina. Es la antigua fortaleza, el alcázar de los moros. En la punta del ángulo que está delante de nosotros se alza la torre de la Vela, con la campana de riego. Subamos a la azotea de esa torre que se halla precisamente sobre el ángulo saliente por el lado de la ciudad y que domina, según dicen, el panorama mas completo de Granada.

¡Qué espectáculo tan admirable! Hace un instante estábamos mohinos y ahora nos hallamos extasiados. No sabemos en qué punto fijar nuestras miradas; nos es imposible manifestar lo que sentimos. Nos limitamos a esas exclamaciones de todo el mundo mas expresivas que frases. ¡Dios mío, qué hermoso es esto! ¿Hay en Europa una vista mas asombrosa é imponente? Lo ignoro; no es posible hacer comparaciones en presencia de las bellezas tan variadas de la naturaleza.

Al pié de la Vela se extiende la ciudad de Granada cuyos edificios, casas, calles y jardines se presentan a la vista con todos sus detalles. A lo lejos está la rica Vega de veinte leguas, ahora verde como un prado, terminada por la sierra de Elvira y otras sierras que toman bajo este magnífico cielo matices de un azul purpurino que desaparecen gradualmente en el horizonte sin límites. A la derecha, el Darro precipita sus aguas en una garganta profunda a la falda de las colinas de la Alhambra, cubiertas de una vegetación del Norte, en tanto que el otro vertiente de la sierra de Martos está cubierto de cactus y de aloes de follaje verde amarillento. Sobre este vertiente se encuentra la parte mas antigua y pintoresca de la ciudad, el Albaicín. Trozos de murallas y de torres moriscas de un tono amarillo dorado, asoman por entre las casas y las huertas, hasta lo alto de la primera colina coronada con una iglesia de un blanco brillante, que se destaca como una estrella sobre el fondo gris de la sierra de Martos. Mas lejos el Monte Sagrado con su vasto convento y sus muchas grutas habitadas en otro tiempo por solitarios cristianos y hoy por los gitanos y los pobres de Granada. Volviendo la espalda a ese paraíso terrestre, nos hallamos en presencia de la imponente Sierra Nevada, que eleva a 12.000 piés de altura su manto de nieves y de hielos: el Norte y el Sur,

el Occidente y el Oriente al lado el uno de otro, para que no falte nada aquí a los encantos de la habitación del hombre.

Pero el sol se oculta de nosotros detrás de la tierra de Elvira. Ya las vidrieras de las iglesias y de las casas reflejan sus dorados rayos, como si un incendio abrasara la ciudad. ¡Y qué matices toma Sierra Nevada! el oro, el purpurino, el gris pálido van subiendo insensiblemente hasta que ya solo queda un matiz blanquecino en el cielo estrellado. Es de noche. ¡Qué silencio tan profundo en la antigua fortaleza árabe! En tanto la ciudad cristiana se agita alla abajo resplandeciente con los mil fuegos de sus luces que casi se podrian contar. En la oscuridad parece hallarse a una profundidad inmensa. Diríase un abismo inconmensurable.

Mucha razón tenía para lanzar un hondo suspiro de dolor al dejar para siempre su deliciosa Granada el último de los reyes moros Abu-Aldil-Lah (Boabdil), llamado el Chico por su corta estatura. Sobre la torre de la Vela, en el mismo sitio en que nos hemos sentado, el 2 de enero de 1492, al cabo de 777 años de dominación mora, el conde de Tendilla enarboló los tres estandartes del ejército castellano, en tanto que los reyes de armas decían: Granada ganada por los ilustres reyes de Castilla Don Fernando y Doña Isabel.

Quería conducirnos a la Alhambra y estamos todavía en la torre de la Vela del antiguo Alcázar. Ya lo he dicho; ¿por dónde comenzar, por dónde concluir? Hay ingleses que pasan aquí un día y lo ven todo; no deben seguramente quedar atormentados por los recuerdos. Por mi parte, hé aquí diez días que subo a la Alhambra, y por cierto me encuentro poco adelantado.

Al echar una mirada sobre la vista general, el lector reconocerá facilmente los lugares que acabamos de describir; el Alcázar con la torre de la Vela en la extremidad; el palacio por concluir de Carlos V en el centro; luego la torre de Comares; abajo la garganta del Darro, y detrás de ese conjunto tan pintoresco las cumbres de Sierra Nevada.

Granada 25 de marzo de 1861.

Mi querido A.: ¡Siempre de broma! Fui a tomar en la leyenda del Mont-Serrat (mi amigo respondía a lo que él llamaba «mis famosas cartas del Mont-Serrat») lo que era absolutamente necesario a mi narración, y vos habeis ido a revolver la novela de la edad media para resucitar su parte escandalosa y divertida. Cada cual su gusto, y nuestra elección se explica por la diferencia de nuestras situaciones. Vos estabais en vuestra casa rodeado de vuestra familia y amigos, y yo estaba solo en una celdilla de Mont-Serrat, solo con dos queridas difuntas, una madre y una esposa, que me tendian los brazos y me señalaban el cielo: ¿podia yo ocuparme de leyendas?

Para castigaros por vuestras bromas, casi me dan deseos de dejaros, como en mi carta anterior, a la puerta de la Alhambra. No hay duda que si os introduzco primero en el patio de la Alberca rodeado de mirtos, y os digo que las odaliscas se bañaban aquí durante el verano, y que de lo alto de esas elegantes galerías que han conservado los artesanos el sultan de Granada se divertían en mirarlas, al punto me saldreis con otra de vuestras aventuras.

Si de aquí pasamos a la maravilla de las maravillas orientales, el patio de los Leones, me hareis observar que no son leones, sino animales fantásticos, quimeras, todo lo que querais, que sostienen el pylon de la fuente, y que por consecuencia no hay aquí mas de una media violación de las leyes del Alcorán. Los moros tenían casuistas que habrían podido dar lecciones a Suarez y a Escobar. Parece ser tambien que habia exquisitos vinos y buenas bodegas en el palacio de invierno que Carlos V hizo demoler para levantar los pesados muros de su palacio que no se concluyó. Creo que llevariais vuestra fina crítica en arquitectura árabe hasta el punto de dudar de la antigüedad del corte superior de la fuente, y quizá yo tambien abundaria en lo mismo.

Sin duda querreis saber lo que significan esos grandes caracteres árabes que adornan el borde de la copa principal, a cuyo deseo correspondo con este poemita: «Bendito sea el que ha concedido al iman Mohammed esta estancia deliciosa, que por su hermosura es la perla de todas.

» Mira, hé ahí el jardín: estás viendo aquí tan bellas obras que Dios no ha permitido que con ellas se pueda comparar nada de todo lo hermoso que tiene el mundo.

» Mira esas perlas transparentes que rodean los bordes del mármol como un collar.

» Plata líquida que corre entre piedras preciosas, que no tiene nada de comparable en blancura y en transparencia.

» Lo líquido y lo sólido (el agua y el mármol) se confunden a la vista, y no se sabe cual de los dos cae y corre.

» Mira cómo el agua huye por los lados y va a esconderse en los canales, parecida a una amante cuyos párpados están cuajados de lágrimas, y los oculta temiendo un delator.

» Tú que miras esos leones en acecho, has de saber que el respeto que tienen al califa les impide manifestar su ira.

» ¡Oh! tú, heredero de los Ansares, heredero en línea directa, heredero de su grandeza que te hará parecer ligeras las montañas.

» La paz de Dios te acompañe eternamente; que ella multiplique tus goces y allija a tus enemigos.»

He traducido literalmente; con esto nos podéis hacer un bonito poema.

Si del patio de los Leones entramos en la sala de los Abencerrajes, el guía nos señalará en el mármol unas manchas diciéndonos que son de la sangre de las víctimas sacrificadas por los Zegries. Os sonreireis con desden para afirmar que esta leyenda morisca no tiene mas fundamento que la de fray Juan Garin en el Mont-Serrat. Levantad pues los ojos a la bóveda; admirad esas ligeras estalactitas dispuestas como una colmena de abejas, y que conservan aun vestigios de sus brillantes colores.

— Esa arquitectura con sus mil detalles microscópicos, me direis, es una arquitectura de niños; yo no veo ahí ni grandes líneas ni grandes efectos.

Pero observad ¡qué ligereza, qué proporciones, qué efectos de misteriosa perspectiva, qué variedad tan infinita de detalles!

— Sin duda, me responderéis, es bonito, pero yo prefiero un templo griego ó una catedral gótica.

Atravesais el patio y entráis en la sala de las Dos Hermanas, cuya arquitectura es todavía mas graciosa y ligera; pero sin contemplar todo esto, pasais seguidamente al gabinete y vais a sentaros a la única ventana que tiene vista sobre los jardines de Lindaraja, una favorita muy bella y poderosa que tenía particular afición a ese sitio. ¡Lindaraja! ¿no es un nombre precioso que parece hecho para un cuento oriental? Decidnos alguna cosa de Lindaraja. ¡Quizá al mirar esos mirlos y esos naranjos pensaba en algun amante cristiano! Buscadnos pues alguna cosa, mi querido poeta, acerca de Lindaraja. Quiero ponerlos en una buena via de inspiración recitándoos el poema que el bardo oriental ha trazado en las paredes de esa maravillosa sala donde se reúnan las mujeres y las esclavas del emir de Granada.

«Yo soy el jardín que por la mañana aparece adornado con una frescura encantadora; contempla mi hermosura y comprenderás la razón.

» Luchó en esplendor con todo lo mas noble que se ha visto y se verá en honor de mi señor el príncipe Mohammed.

» Quiera Dios que sus hermosos edificios sobrepujen con los felices presagios de su construcción, a todos los edificios.

» ¡Cuántos sitios deliciosos se presentan aquí a la mirada! El espíritu de un hombre de gusto verá realizadas aquí todas sus ilusiones.

» Aquí las siete pleyadas vienen a disfrutar con frecuencia de su descanso nocturno, y el viento nocivo se hace suave y saludable.

» Aquí ves una cúpula admirable que tiene pocas que la igualen; en ella hay bellezas ocultas (las alcobas donde se retiraban las odaliscas) y bellezas visibles.

» Sobrè ella la constelación de los gemelos extiende su mano en señal de salutación, y la luna baja como para una cita misteriosa.

» Las estrellas resplandecientes querrian detenerse sobre ella, y cambiar sobrè la bóveda celeste la marcha que les fué fijada.

» Y luego penetrar en esas dos galerías, y como las jóvenes esclavas hacer los mismos servicios (al sultan).»

Me callo sobre los servicios de las estrellas y paso dos estrofas.

«Ved ese pórtico dotado de tal esplendor, que su alcázar rivaliza con la bóveda del cielo:

» Qué adornos le han puesto, ¡oh rey! Entre ellos hay colores que hacen olvidar los preciosos vestidos del Yemen.

» ¡Cuántos arcos elevan su bóveda sobre columnas que parecen bañadas por la luz!

» Se creeria que son planetas que ruedan en su órbita y oscurecen los brillantes fulgores de la naciente aurora.

» Esas columnas sobrepujan todas las maravillas. La reputación de su hermosura ha llegado a ser proverbial. Es un mármol resplandeciente con su propio esplendor, y que alumbra los objetos durante las tinieblas.

» Cuando las bañan los rayos del sol, si no fuera por su tamaño se creeria que son perlas.»

(Lo que prueba incontestablemente, contra la opinión de ciertos arqueólogos, que nunca estuvieron doradas).

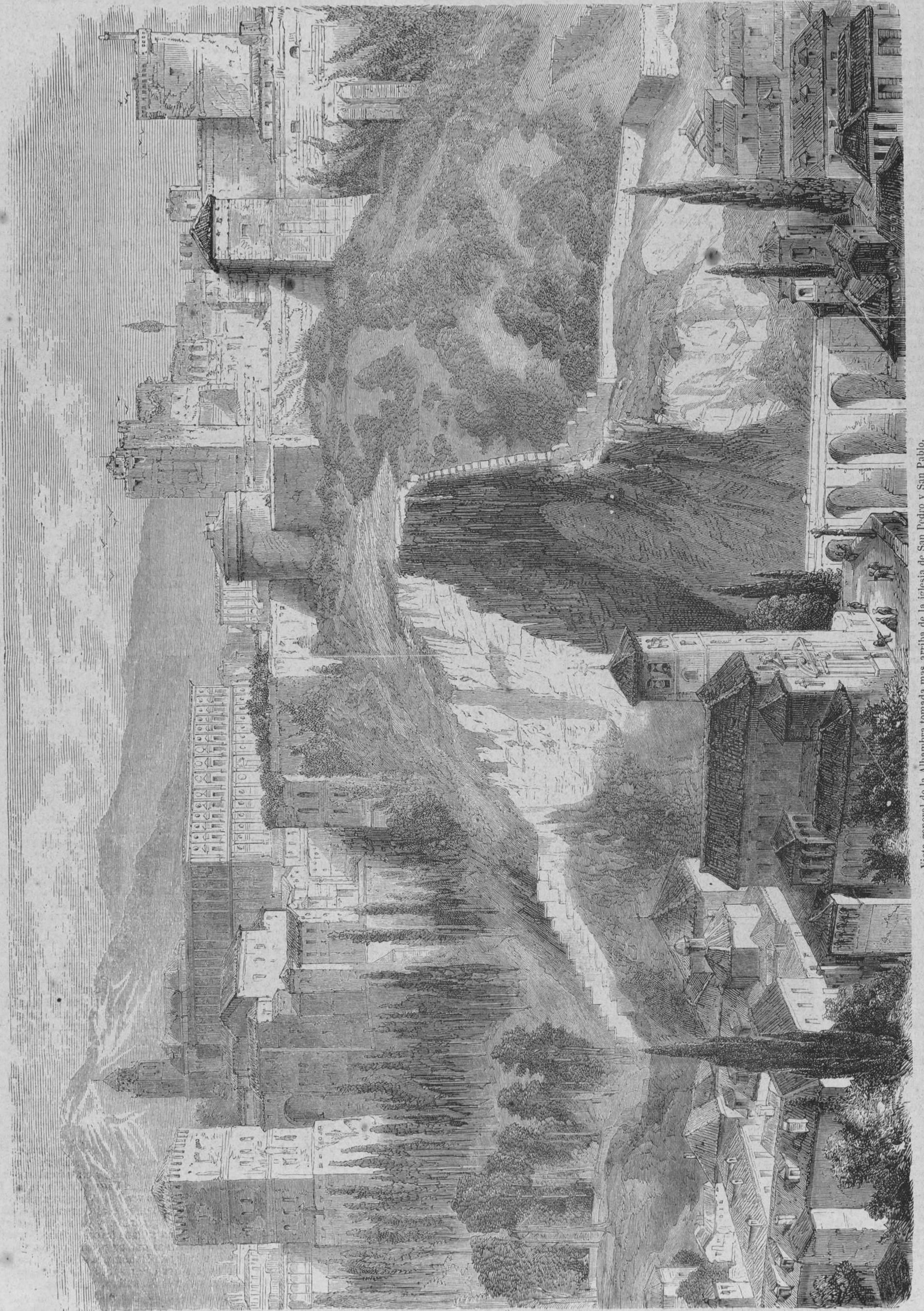
«Jamás hemos visto un alcázar de mas noble apariencia, con tan bellas vistas y tan armoniosas proporciones.

» Jamás hemos visto un jardín mas perfumado, mas florido y con frutas mas exquisitas.»

¿Necesito describiros la Alhambra despues de haberos citado esta poesia? Esto es Oriente puro, hipérbole perfumada con el bálsamo y las esencias del Yemen y de la Arabia.

Pero vais a burlaros de mi entusiasmo, de mi poesia árabe; vais a pedirme fechas, nombres, cifras, historia; querreis bajar a los baños de las sultanas, alumbrados por estrellas practicadas en la bóveda; querreis subir al mirador, al tocador de la reina, tocador pintado al fresco por discípulos de Perino del Vaga al estilo de los frescos del Vaticano; querreis ver la antigua mezquita, hoy capilla cristiana. Venid tambien al Generalife, Al-Djeneah-al-Aryf, el jardín agradable, y os mostraré el año ciprés a cuyo pié una sultana favorita cometió un crimen que no suele ser mas que un pecadillo para los cristianos, pero que la ley de Mahoma castiga de muerte. Estos preciosos jardines enterrados se hallaban antiguamente reunidos con la Alhambra, y hoy son propiedad de un marqués italiano que nunca ha venido a ver su eden ni la Alhambra.

(Se continuará.)



Vista general de la Alhambra tomada mas arriba de la iglesia de San Pedro y San Pablo.

M. de Belleyme,

PRESIDENTE DEL TRIBUNAL CIVIL DEL SENA.

El 15 de enero último la ley de retiros alejaba del palacio de Justicia á M. de Belleyme, y el 24 de febrero el eminente magistrado espiraba al cabo de una corta enfermedad, como si la perspectiva de un descanso forzoso hubiese acabado con el hombre que habia llevado una vida tan activa y tan laboriosa.

Luis Maria de Belleyme nació en Paris el 15 de enero de 1787 de una familia del Perigord. Su padre, oficial de ingenieros, habia sido encargado de la division de la Francia en departamentos, y el rey Luis XVI le habia ennoblecido á consecuencia de este difícil trabajo. El jóven Luis Maria, despues de haber hecho excelentes estudios en la escuela central de las Cuatro Naciones, estudió el derecho en la Academia de legislacion y se recibió de abogado el 17 de julio de 1807. Nombrado procurador del rey en Corbeil el 28 de noviembre de 1814, desempeñó sucesivamente las funciones de consejero auditor en el tribunal real de Paris, de procurador del rey en el tribunal de Pontoise y en el tribunal de Versalles, de juez de instruccion y de vicepresidente en el tribunal del Sena, y por último, de procurador del rey en el mismo.

El 17 de enero de 1828 el rey Carlos X le llamó á la prefectura de policia, puesto en que sucedia á M. Delavau. En este nuevo empleo que solo conservó diez y ocho meses, se mostró ilustrado, inteligente y liberal. La abolicion del impuesto sobre las libretas de los obreros, la creacion de una casa de refugio, grandes mejoras introducidas en la policia de las costumbres y otra porcion de medidas útiles y practicas, tales son los hechos principales de su administracion. Fué el primero que dió uniforme á los sargentos de villa, innovacion que obtuvo la mas feliz influencia sobre el modo con que en adelante llenaron su cometido estos agentes, al mismo tiempo que les favoreció en la opinion pública. Mientras M. de Belleyme estuvo á la cabeza de la prefectura, principiaron á circular los omnibus en Paris, y él dictó las primeras disposiciones para reglamentar los nuevos carruajes.

Al advenimiento de M. de Polignac, M. de Belleyme dió su dimision; cinco dias despues fué nombrado presidente del tribunal civil del Sena, cargo importante que ha desempeñado con brillo durante veinte y ocho

años. De este modo ha dirigido los debates y ha tomado parte en las resoluciones de casi todas las grandes contiendas que durante mas de un cuarto de siglo ocuparon á la justicia, pudiéndose decir tambien que ha redactado una parte considerable de la historia contemporanea.

Como presidente del tribunal se hallaba al frente de los *référés* ó juicios sumarisimos. Saber pronunciarse

cuenta ó sesenta disposiciones, á menudo se veia en la precision de dar audiencia á los abogados ó á los agentes de negocios, pues las funciones de un presidente no se encierran en el recinto del palacio.

M. de Belleyme atendia á todo, acogia á todo el mundo con la mayor urbanidad, y hallaba tiempo aun para ocuparse de los pobres, de la educacion de los hijos de obreros, y de la administracion de los establecimientos

de beneficencia de su barrio, asi como tambien para cuidar de su casa, para hacer á sus amigos los buenos oficios que nunca solicitaban de él en vano, y para hechizar con la gracia de su talento y de su educacion las mejores sociedades donde las mas estimadas facultades le llamaban á brillar naturalmente.

Profesaba el mayor afecto á la juventud laboriosa. Mas de un pasante con mas recursos en la inteligencia que en el bolsillo, fué distinguido por M. de Belleyme y ayudado en su carrera. Se hallaba siempre lleno de afabilidad, de bondad y hasta de atenciones para con aquellos que le rodeaban, sin descontar de este número á los mas humildes.

Uno de sus amigos nos contaba esta anécdota. Habia ido á visitar á M. de Belleyme; la antesala estaba llena de pasantes esperando; el presidente sale de su gabinete acompañando á la persona con quien estaba en conferencia. El visitante saludó.

— Permitidme que despache á estos jóvenes, le dice M. de Belleyme. Yo tambien he sido pasante de abogado, me han hecho esperar mucho en aquel tiempo, y me prometí no hacerlo que hicieron conmigo, si es que algun dia me hallaba en posicion de recibir pasantes en mi casa.

M. de Belleyme era tan querido, que su retrato se encuentra en todos los estudios de los procuradores.

Su memoria era prodigiosa. Cuando casó á uno de sus hijos, fué á visitar á una parienta de su futura hija política.

— No me reconocis, señor presidente, le dice esta señora, y sin embargo no es la primera vez que nos vemos.

— ¡Oh! Sí, señora, responde M. de Belleyme, os he visto hace veinte años con motivo de

un pleito que entonces sosteniais y del que me acuerdo perfectamente.

Y M. de Belleyme entró en detalles sin equivocarse en lo mas mínimo.

En 1837 M. de Belleyme, en toda la fuerza de su inteligencia y en la plenitud de sus facultades, tuvo que dejar su sillón de presidente para entrar en el tribunal de Casacion, porque habia cumplido setenta años, y á



M. de Belleyme, presidente del tribunal civil del Sena.

resuelta y prontamente sobre cuestiones de urgencia y á veces de mucha gravedad es una facultad indispensable al magistrado encargado de esta jurisdiccion.

Una rapidez de penetracion y una decision singular en la inteligencia y en el carácter hacian de M. de Belleyme un hombre muy propio para la buena administracion de una justicia que no admite tardanza. De vuelta en su domicilio despues de haber dictado cin-

esa edad deben salir los magistrados de los tribunales de primera instancia.

En el santuario donde solo el derecho tiene acceso, sin que el hecho pueda penetrar jamás en él, el honorable magistrado debió pensar á menudo en su primer tribunal; no obstante, no nos atreveríamos á afirmarlo.

M. de Belleyme ha expresado sus últimas voluntades en un escrito que queremos citar, porque acaba la pintura del hombre.

« Esto no es un testamento, pues desgraciadamente no tengo ya motivo para conservar un legado anterior de usufruto á mi buena Amelia (su esposa), y mis hijos son iguales en mi sucesion como lo han sido siempre en mi corazón; es una simple declaracion, es un deber religioso que impongo á mis hijos y á su respeto por mis postreras voluntades.

» Recomiendo á Dios mi alma.

» Quiero que mi entierro sea decente, pero sencillo. Deseo salir modestamente de este mundo como entré en él.

» Nada de diputaciones de corporaciones á las que tengo aun ó he tenido la honra de pertenecer.

» Nada de militares ó de tambores por mi cruz de comendador, y nada de discursos.

» Ordeno formalmente que se ejecuten estas disposiciones. Sé que mis hijos no olvidarán á los pobres, lo que es mejor.»

Ningun discurso ha sido pronunciado sobre la tumba de M. de Belleyme, en torno de la cual se apiñaba una muchedumbre recogida. ¡Qué discurso habria elogiado mejor al hombre á quien se daba sepultura que las palabras que se acaban de leer!

A. K.

La venganza malograda.

LEYENDA ARABE.

(Conclusion.)

Imposible seria enumerar los cuidados con que trató á sus huéspedes Ali-Raf, devolviéndoles con usura la hospitalidad que en otro tiempo le habian concedido.

Llegó la hora de comer, y todos se sentaron al rededor de una mesa dispuesta con gusto y elegancia. Los criados sirvieron á su tiempo numerosos y exquisitos manjares, entre ellos un magnifico pavo-trufado.

El anfitrión árabe, que hacia los honores de la mesa, le trinchó, ofreciendo á la jóven un alon que ella rehusó.

— ¿No os gusta? le preguntó Ali.

— Al contrario, me gusta mucho; pero...

— Entonces, aceptad, volvió á repetir el Kadi.

— Gracias, no tengo apetito.

— Si os falta la gana...

— No... lo tomaré otro dia.

— Entonces no me explico, interrumpió Ali, por qué no probais este plato que he mandado improvisar expresamente para vuestro gusto.

Maria, colorada como la grana, miró á su madre y despues á Antonio, diciendo:

— ¡Dios mio! tengo mis razones, para...

— Bien; pero debes decirles á este caballero, contestó la madre. Así comprenderá que no es un desaire el no tomar lo que de tan buen grado te ofrece.

Estas palabras habian despertado mas y mas la curiosidad del Kadi.

— Hablad, señorita, decidmelo.

— ¡Hoy es viérnes!

— ¿Y qué?

— En tal dia mi religion me prohíbe comer carnes.

Al oír esto Ali colocó con prontitud en el plato la presa que con tanta insistencia habia ofrecido.

— Perdonadme, señorita, por haber insistido... Vuestra religion no os permite comer de lo que gustais... haceis bien en cumplir sus preceptos... Teneis muchísima razon; mas permitidme os diga que ahora mas que nunca admiro vuestra virtud. En todo el tiempo que conozeo á los europeos, usted es la única á quien he visto cumplir estrictamente con su religion. Eso es muy loable, señorita, y yo aprecio en mucho á aquellos que observan bien la religion, sea la de Mahoma, ó la de Cristo, el Koran ó el Evangelio.

Llegó á tal punto el entusiasmo del Kadi, que durante toda la comida no cesaba de preguntar á Maria, cuando presentaban en la mesa nuevos platos:

— ¿Podreis, sin ofender á vuestro Dios, probar de este?

— ¿Observan fielmente los árabes su religion? preguntó Antonio al jóven Kadi.

— Cual cumple al verdadero creyente... Mahoma estableció el Rhamadan, con el fin de que siguiéramos escrupulosamente sus prescripciones, del mismo modo que Jesucristo la euaresma, para que los cristianos no dejen de observarla.

La conversacion tomó luego otro giro, versando sobre diferentes asuntos, mostrándose Ali muy parco, lo que raras veces sucede entre los árabes de distincion cuando invitan á los europeos.

El dia terminó con varias diversiones, enseñando Ali á sus huéspedes hasta el último rincón de su poética morada.

En el momento de marchar, sintió el Kadi cierta melancolia, que facilmente se dejaba ver por las tiernas miradas que furtivamente dirigia á la jóven.

Esta se aperebió, retirándose llena de rubor y algo confusa.

Nadie habia producido tanto efecto en su corazón como el Kadi.

Antonio y su mujer, constantemente ocupados, este en sus faenas agricolas, aquella en sus quehaceres domésticos, no se aperebieron del repentino cambio en la conducta de su hija.

Ali venia á verles con frecuencia, y desde sus primeras visitas la fortuna de los colonos prosperaba de dia en dia.

Si algun incidente funesto turbaba la calma de aquella laboriosa familia, él lo hacia desaparecer. Ali-Raf era la providencia de la casa.

Todos veian en el árabe tan solo un amigo de Muroj. Maria, que poco á poco se habia aficionado á sus visitas, concluyó por desear que fueran mas continuas.

Una circunstancia imprevista obligó al Kadi á preguntar por una cosa que hasta entonces no habia tomado en boca.

Contando una de esas leyendas árabes que con tanta gracia y elegancia referia, entró de improviso la criada, y dirigiéndose á Maria la pidió dinero para ir á comprar al mercado.

Maria sacó del bolsillo un porta-moneda, y tomando una dióselo á la sirvienta.

En aquel momento fijó el árabe toda su atencion en el porta-moneda, y se quedó pálido. No era el que hacia tiempo le habia regalado. En vez de disimular su despecho, la dijo con tono algo resentido:

— ¡Ay! señorita, no me parece bien que hayais despreciado mi obsequio.

— ¡Cómo! exclamó Maria maliciosamente.

— ¿De qué obsequio hablais? preguntó al mismo tiempo Antonio.

— De un bolsillo árabe...

— ¿Fuisteis vos quien le envió? dijo la madre de Maria.

— Sí, respondió el árabe con resolucion.

— ¡Ya se descubrió el secreto! exclamó alegremente la jóven.

— Caballero, ignorábamos hasta ahora mismo que viniera de vuestra parte, replicó Antonio.

— Si lo hubieis sabido...

— ¿Qué? la interrumpió Ali.

— Me hubiera servido de él, contestó la jóven pronunciando estas palabras con tal acento que el árabe se conmovia de gozo.

Sin decir mas, subió al piso segundo y volvió á bajar trayéndole en la mano. Sentóse y traspasó al nuevo todas las monedas que tenia el otro.

— Desde este momento, dijo, usaré el obsequio del señor Kadi.

A estas palabras, creyó Ali enloquecer de alegría y de tal manera manifestó su entusiasmo, que al salir alargó la mano con emoción al colono.

— ¿Ireis mañana á vuestro plantío de higueras?

— Probablemente; pocos dias pasan sin que deje de visitarle.

— ¿Quereis hacerme la gracia de ir al mismo tiempo que yo?

— Cuando querais, dijo Antonio, tendré mucho gusto en veros; pero ya sabeis que allí es muy escasa la sombra.

— No importa.

Maria no pudo menos de oír la cita con sorpresa.

— Este amigo, añadió la señora, te dará idea sobre el modo de hacer el plantío de palmares.

— Son tan pobres mis conocimientos en agricultura, replicó modestamente Ali; pero tengo necesidad de hablar á solas con su marido.

— Cuando gusteis, le contestó Antonio.

El Kadi se alejó con precipitacion.

— ¡Por Dios! dijo para sí el colono, tengo curiosidad de saber qué es lo que quiere Ali. Estos árabes todo lo convierten en misterios. ¡Como lo del porta-moneda! Le envié con una especie de Mercurio incógnito...

— Ahora me acuerdo, exclamó su esposa, que Maria tenia capricho por un porta-moneda un dia que salimos al mercado.

— Sí, sí, añadió la jóven, y tambien recuerdo que Ali se paseaba cerca de nosotras.

— El se aperebió de tu deseo, reparó Antonio, y como no le habia en ningun comercio, tuvo la galanteria de sorprenderte con él al dia siguiente.

— Eso es.

— ¡Lo que tiene ser bonita! replicó Antonio.

— ¡Padre mio!...

— Hija, la galanteria puede existir entre los árabes lo mismo que entre nosotros.

— Seguramente que sí, añadió la madre.

— El Kadi pretende hablarme en secreto... ¡Qué querrá! murmuró sucesivamente Antonio. Me ocurre una idea.

— ¿Cuál? preguntó al instante Maria.

— Que Ali tiene intencion de servirme proponiéndome la compra de alguna heredad... ó bien relacionarme con excelentes jornaleros de su tribu... ó en fin, allá veremos.

Diciendo así cogió á su hija por la cintura al mismo tiempo que abrazaba á su esposa, y concluyó de esta manera:

— Es un buen amigo, hijas mias. ¿Los tendrá así el pobre Laureano en Hamburgo? Al menos, Maria le conserva un rincón en su corazón, ¿no es cierto?

— ¿Yo? solo pienso en mí; exclamó la jóven con su acostumbrado ademán de indiferencia.

— Niña, eres demasiado ingrata, la dijo su madre. ¡Pues no faltaba mas sino que le olvidases porque está ausente! seria una negra ingratitud.

La jóven se mordió los labios y se puso encendida.

Extraños pensamientos pasaron por su imaginacion. El recuerdo de Laureano no le era desagradable; al contrario, no se la oía pronunciar su nombre con aquel desden con que antes lo hacia. No podia, mejor dicho, no queria sin embargo figurarse que el ebanista conservara los mismos sentimientos que cuando vivia cerca de ella.

¿Ocupaba, por ventura, el Kadi un lugar mas preferente que Laureano en el corazón de Maria? Sin duda que el árabe habia triunfado de la apatia natural de la hija de Antonio Muroj.

IV.

Un sol abrasador extendia sus rayos por la campiña de Kebir: la atmósfera era sofocante: los labradores abandonaban las tierras, unos á causa de la fiebre, otros por temor á ella. Valerosos y constantes en el trabajo, continuaban los menos sus penosas tareas. Entre estos últimos se contaba á Antonio. Recorre las plantaciones, y con su ejemplo anima á los obreros.

Tres pinos de Italia daban sombra á un banco natural formado por un grueso tronco de haya, donde de tiempo en tiempo tomaba Antonio descanso.

No tardó en distinguir al Kadi, cuyo blanco albornoz parecia á lo lejos una mancha en el azul del cielo.

Se saludaron ambos, y habiéndose sentado:

— Grave motivo me trae aquí, dijo Ali.

— Me lo presumo, cuando á pesar del calor venis para hablarme á solas. Todo esto denota que vuestra presencia es algo mas que una simple visita.

— ¿Lo habeis adivinado?

— No; solamente me parece que debemos tratar de cosas de alguna monta.

— En efecto: no os extrañe, señor Antonio, lo que voy á deciros. Yo al momento abordo todas las cuestiones y os suplico que me contesteis del mismo modo sin incomodaros.

— Podeis hablar.

— Pues bien. Existe bajo este cielo que habitan mis padres una criatura noble, encantadora, virtuosa, digna de ser amada. Es un ángel, una hermana de Gabriel, de Michel, de Azriel y de Israfel, que son las cuatro maravillas del paraíso.

Antonio escuchaba con atencion al árabe, esperando con impaciencia el fin de su discurso, que no llegó á terminar Ali tan pronto como hubiera deseado nuestro colono.

Las exclamaciones, las imágenes se sucedian unas á otras, hasta que por fin, despues de un diluvio de frases poéticas y precauciones oratorias, concluyó diciendo:

— Daria la mitad de mi vida por ser esposo de... de vuestra hija Maria.

Esta confesion del Kadi dejó mudo de sorpresa al buen Antonio. Ali prosiguió:

— El amor respetuoso que hácia ella siento, me hará el hombre mas obediente á los deberes que esta union me impone. Mi esposa jamás será interrumpida en las oraciones que dirija al Dios que adora. La mujer que reza, sea á quien quiera, merece respetarse. Yo seré su esclavo y mi admiracion por sus virtudes no tendrá límites. Todo lo que poseo será suyo... Si me la concedeis, la haré dichosa; yo os lo prometo, por todas las potestades de la tierra y del cielo... ¡Os lo juro por las cenizas de mi padre!

No pudo Antonio romper el silencio que durante algunos minutos siguió á tan vehementes palabras.

El árabe se hallaba cada vez mas conmovido.

— Desde que los europeos, prosiguió, se han instalado en este pais, jamás belleza alguna digna de compararse con Maria ha pasado por delante de mis ojos: jamás he visto rostro mas expresivo, ni alma mas candida. Su piedad me ha embelesado... Seguirá, segun es su voluntad, la religion del Crucificado. La daré criados que adoren á su Dios. Ninguna palabra irreverente para sus creencias pronunciarán mis labios, y mostraré al mundo que un musulman sabe amar á una cristiana.

— Vuestra peticion me honra... vuestras sinceras protestas me cautivan muy singularmente... pero antes de contestaros permitidme reflexionar...

— Esperaré.

— Es necesario que lo consulte con mi esposa é hija.

— Cualquiera que sea la resolucion, la sufriré resignado. Hasta la vista, añadió el Kadi levantándose; en toda la semana no pareceré por Kebir; dentro de cinco dias espero la contestacion que me hará el mas dichoso ó el mas desgraciado del mundo.

Y tendió su mano al colono.

Despues de atravesar con lento paso la extensa pradera que se extendia frente á los pinos, se perdió por estrechos y tortuosos senderos.

Antonio dió la vuelta á Kebir á la hora acostumbrada, revolviendo en su cerebro todas las dificultades que ofrecia, en su opinion, el casamiento de su hija con el árabe.

— ¡Antonio, Antonio, una carta! le dijo su esposa, apenas le divisó.

— ¿No la has abierto?

El colono miró los sellos del correo.

— Hamburgo, leyó... es de Laureano.

No transcribiremos el contenido de la carta del joven, pero haremos su extracto. Seis meses hacia que no daba Laureano noticias suyas a su familia futura. Por consiguiente, esta carta era un verdadero acontecimiento. En ella anunciaba su próxima llegada al Senegal. Iba a traspasar a uno de los oficiales del taller su clientela, por si las circunstancias le obligaban a quedarse en Kebir.

La llegada de Laureano iba a influir mucho en la determinacion de Antonio respecto a la pretension del Kadi.

Como el escultor anunciaba que vendria a Kebir en el próximo correo, esto es, dentro de unos quince dias, no quiso Antonio decir nada de la pretension de Ali-Raf a Maria ni a su madre, antes del arribo de Laureano.

Mientras tanto, llegó el sabado, dia en que el Kadi habia de visitar a la familia. No bien le hubo visto Antonio le llevó aparte, y le declaró que nada habia decidido; pero dando a entender al enamorado musulman que no esperase respuesta favorable.

El árabe se marchó triste y al parecer resignado. Todo era movimiento y alegría en casa de Muroj, de un momento a otro se esperaba a Laureano. Cada cual tenia su presentimiento acerca del joven escultor. ¿Será tan amable como antes? se preguntaba Maria. ¿Será tan bueno? se decía la madre. ¿Habrá conservado todo su cariño a Maria? se repetía el padre.

Laureano apareció, y desde los primeros instantes hallaron en él aun mas de lo que esperaban. Su amabilidad se habia aumentado y su persona respiraba virtud y honradez. Apenas se vió a solas con el colono, le expuso con la mayor franqueza los motivos que le habian obligado a dejar su pais.

— Señor Muroj, le dijo, vengo a exponeros mi verdadera posición y a saber si he merecido la mano de Maria.

— Nuestra ausencia en nada nos ha cambiado, amigo mio; estoy persuadido de que Maria os conserva cierto cariño que bien podrá convertirse en amor.

A esta contestacion prorumpió Laureano en expresiones de alegría: hizo presente a Antonio la resolucion que tenia formada de vivir con ellos en Kebir, juntar su capital con el del colono y cultivar juntos una hacienda en mayor escala.

Antonio hizo presente todo esto a su esposa, sin decirle nada acerca de la petición de Ali-Raf, a quien el mismo dia dió respuesta definitivamente negativa.

El Kadi desairado, sin incomodarse al parecer, le anunció que dejaría de visitar su casa. Jamás se le volvió a ver en casa de Muroj.

María lo extrañó; pero su padre disipó su extrañeza al momento fundándose en el carácter de todos los árabes.

Al cabo de algun tiempo, María y Laureano se amaban de veras y su enlace estaba concertado. La primera no tuvo tiempo para amar al Kadi, cuya ausencia disipó aquellos inexplicables movimientos que hacia el árabe sentía.

Laureano vendió por carta su establecimiento, y fijó su domicilio en Kebir, donde encontraba honrados y afectuosos padres y una querida y virtuosa compañera.

Fijado el dia del casamiento, se preparó una habitacion para los jóvenes desposados lo mismo que la que ocupaban Antonio y su mujer. Laureano la habia arreglado con verdadero gusto artístico. Muchos bultos llegados de Alemania y repletos de obras de escultura, llevaron a Kebir un lujo desconocido para Maria, y de un género mas adecuado a su carácter que la ornamentacion árabe que habia admirado en casa del Kadi.

— Ali me hubiera querido, se decía la joven... si se hubiera declarado... Por otra parte, es mahometano... ¡Qué locura! En veinte leguas a la redonda no habrá ejemplo semejante... una cristiana con un árabe... Laureano me hara dichosa, me ama muchísimo... no ha dejado de pensar en mí... allá tan lejos... en Hamburgo, cuando dudaba de su constancia... ¿Qué falta para asegurar nuestro bien en el porvenir?

Antonio se alegraba de haber guardado silencio acerca de los proyectos de Ali-Raf.

La víspera de celebrarse la boda de Maria con Laureano, toda la familia de Muroj habia partido a San Luis para hacer las últimas compras. Vieron la capital recorriendo las casas de comercio y los almacenes. Laureano daba el brazo a Maria, y detrás caminaba Antonio con su esposa.

Al volver una esquina, Laureano tropezó con un... árabe.

¡María reconoció al Kadi é instintivamente tembló! Ali dirigió expresivas miradas a la joven y frunció las cejas al reparar en el escultor.

Ni una palabra se cruzó entre Antonio y el árabe. La familia prosiguió su marcha por la calle de San Luis. El semblante de Maria por un momento oscurecido no tardó en recobrar su serenidad y jovial franqueza. Laureano cuando no hablaba del porvenir, tarareaba alguna cancion alemana.

Por la tarde Antonio arregló su carreta, cargó en ella sus compras, y montando la familia a su lado, caminaron hacia Kebir a donde llegaron ya bien entrada la noche.

Al apearse, Laureano y Maria distinguieron frente a su casa un bulto blanco paseando con tanta lentitud que mas que hombre parecia un fantasma.

María se sintió estremecer. Aquel fantasma no podia ser otro que Ali-Raf. ¿Porqué se presentaba de tan extraña manera? ¿qué buscaba?

Poco despues de haber marchado el carretero, llamaron a la puerta. Abrió el padre, y un árabe, el mismo

que llevó a Maria el porta-moneda, primera prenda amorosa de Ali, que tanto significa, se presentó diciendo:

— Vengo de parte de mi amo a buscar un paquetito que entregué a la señorita hace unos seis meses.

Y con el gesto señalaba a Maria, que turbada no sabia que contestar.

— Fué equivocacion, continuó el mensajero del Kadi; estaba destinado para otra persona.

Al momento se aproximó Antonio a su hija, la habló en voz baja, y la joven sacó del bolsillo el porta-moneda, desocupó las que tenia y cogiendo un pedazo de papel, le envolvió y le puso en manos del árabe, murmurando:

— ¡Por equivocacion... Tanto mejor... pero qué figura tan siniestra traía ese hombre!

No se volvió a hablar mas de aquel incidente y pasaron la velada ocupados en examinar los objetos que habian comprado. Fué como una noche feliz para toda la familia. Hasta Maria, dejando aparte el temor que aquel hombre pudo inspirarla, no pensó en otra cosa sino en que seria conducida a la iglesia, admirada, festejada y bella entre las bellas...

Por fin llegó el deseado dia: se hicieron los últimos preparativos para la fiesta.

María se probó el fraje de novia.

Desde por la mañana habia salido Laureano a ejecutar un proyecto que habia concebido: queria ofrecer a su futura esposa un ramo de flores de azahar; pero no de flores artificiales, sino de esas olorosas y frescas que solo los paises meridionales tienen privilegio exclusivo concedido por la naturaleza para producirlas.

Un momento despues del desayuno se dirigió al campo con objeto de comprar ramos de naranjo en flor. No habia andado un cuarto de legua, cuando se oyó una detonacion.

Laureano cayó en tierra herido en el costado derecho, sin que percibiera de donde venia. ¡Ni un grito, ni el menor ¡ay! salió de su pecho.

Dirigió su vista hacia donde el disparo habia salido, algunas personas acudieron al oír la detonacion, el herido pudo distinguir un árabe que huía por entre los matorrales como una bestia perseguida por los cazadores.

— Por allí, por allí, gritaba Laureano, cuando recobró el uso de la palabra.

Dos colonos se lanzaron en persecucion del fugitivo, que corria aceleradamente y no tardó en desaparecer entre las sinuosidades de las montañas.

Los paisanos condujeron en sus brazos hasta Kebir al desgraciado escultor.

María, Antonio y su esposa estaban ocupados en los preparativos, cuando conducido por sus convecinos apareció el pobre joven sin poder apenas articular palabra.

Al momento circuló la noticia por el pueblo.

Un médico militar reconoció la herida, y declaró ser de mucha gravedad... porque la bala habia fracturado una costilla.

¿Cuál, se decian las gentes, será la causa de esta catástrofe? Corto tiempo hacia que Laureano habitaba el pueblo y no podia tener enemigos. Sin embargo, todo indicaba una venganza.

Trabajaron las autoridades para descubrir al criminal; pero nada consiguieron.

Una conversacion de Antonio con un capitán que hacia veinte años vivia en el pais, sobre las relaciones que existian entre él y Ali-Raf, le hizo sospechar que el asesino de Laureano era el Kadi.

Los celos habian armado sin duda el brazo de Ali ó de su fiel mandatario.

Ali-Raf se unió a las tribus independientes y no se le volvió a ver en los mercados.

Restablecido milagrosamente el herido, sonó para él la hora de la felicidad.

María se dejó conducir en triunfo a la iglesia de Kebir, en medio de sus convecinos y amigos, si bien sacrificando su amor al respeto paternal y al sentimiento de la gratitud.

Trascurrido algun tiempo, Maria comenzó a enfermar. La tristeza se apoderó de su alma. Habia agotado sus fuerzas, consumando el sacrificio de su corazón.

Al caer de una tarde de otoño, el árabe del porta-moneda se presentó en la puerta de la casa de Muroj, preguntando por la enferma.

Aun no habia vuelto del campo la familia, y sola con la criada, hallabase Maria en su aposento, melancólica como de costumbre, acariciando la idea de su malogrado amor.

El negro que guardaba la puerta, señaló con el dedo la estancia donde estaba su ama.

Penetró el árabe, saludó a Maria cruzando los brazos con un « Guardaos Alá », y sin otra explicacion la entregó el famoso porta-moneda, desapareciendo de su presencia.

Recobrada de su primer asombro, abrió Maria temblando el candado y sacó del fondo un papel.

Luego palideció, cubrióse de sangre su hermoso rostro, y articulando el nombre del Kadi, cayó al suelo arrojando borbotones de sangre.

La tisis que venia padeciendo, acababa de cortarle el hilo de la vida...

Las palabras « ¡Alá te guarde! Maria, ruega por mí » escritas por el que habia amado su corazón, fueron bastantes para apagar aquella existencia delicada, como el leve céfiro acaba con la vacilante luz de una bugia.

El mismo amor que le hubiera dado la vida, le causó la muerte.

El sol que hace brotar las flores, las agosta.

Ali-Raf pereció al siguiente dia, batiéndose con las tropas europeas sobre cabo Verde.

B. DEL BARCO.

Revista de la moda.

SUMARIO. — El buey gordo y la trasformacion de las diversiones en Paris. — Una representacion dramática en la alta sociedad parisiense. — Baile en casa de M. Dayton, ministro de los Estados Unidos. — Dos salones americanos a cual mas brillantes. — El baile de la señora de Corvaia. — Dos estrellas de hermosura: señora Cotes y señora Galvez. — Las modas antes de Longchamps. — Trajes de mañana y de calle. — De los chalecos y los pantalones. — Descripción del figurin de este número que representa trajes de primavera.

Nada ha pasado mas de moda que el célebre paseo del buey gordo en los dias de carnaval. Paris ha transformado sus costumbres; se divierte de noche, y ya sabemos de qué manera entiendo de sus diversiones. Todo se reduce a bailes, porque en ellos es donde puede desplegar todos sus oropeles, todas sus magnificencias de trajes.

En uno de los palacios mas artísticos de Paris se ha dado una brillante representacion teatral, en la que se han ejecutado tres piezas inéditas cuyos títulos son *l'Hermitage*, *la Distraction* y *l'Honneur satisfait*.

Hé aquí los nombres de los aristocráticos actores que han tomado parte en esta solemne funcion organizada con un objeto caritativo.

En *l'Hermitage*:

La baronesa, — la princesa de Beauvau.
El general du Zuerdic, — M. Vallebreck.
Madama Mérian, — la condesa de Lowenthal.
Paul du Zuerdic, — el conde N. de Fleurieu.

En *la Distraction*:

Madama Derville, — la condesa de Lowenthal.
César Rigaut, — M. Cottier.
Henri Verdier, — M. de Sainte-Marie.
Suzette, — madama de Sieyes.

En *l'Honneur satisfait*:

Madama "...", — madama de Sieyes.
Lord Edward, — el marqués de Calviere.
John, — M. Vallebreck.
Un mayordomo, — el duque de Choiseul.
M. Rigault, — M. Cottier.
Madama Rigault, — la princesa de Beauvau.
Una criada, — el aya de la señorita de Beauvau.

Antes de hablar de las modas elegantes, si es que tenemos tales modas, voy a tratar un poco de reuniones y de bailes, pues temo que mis noticias de modas no me den este mes materia suficiente para esta revista.

En casa de la baronesa de Meyendorff hay concierto todos los lunes a las tres de la tarde; los caballeros se presentan de frac y corbata blanca, y las señoras sin sombrero.

El marqués de Talhonet Roy ha dado un magnífico baile en su hotel de los Campos Eliseos. Mil personas habian sido convidadas a esta fiesta. Aunque los aposentos son espaciosos, se habia añadido sobre el jardin una galería paralela a los salones, y que facilitaba la comunicacion de un punto a otro. En este baile se encontraban notabilidades del mundo político y extrajeros de la mas elevada categoría.

Hé aquí los nombres de las personas que han dado fiestas mas notables:

La duquesa Pozzo di Borgo; — el conde Duchatel; — el marqués de la Roche-Fontenilles; — M. de Canderote; — la duquesa de Maillé; la condesa d'Haultfort; — la marquesa de Pomme-reu; — la condesa de Croix; — la condesa Duchatel; — la condesa Mercy Argentan y la condesa du Hauvel.

Tambien el ministro de los Estados Unidos, M. Dayton, ha dado un gran baile en su hotel de la calle Juan Goujon. Hoy hay en Paris dos celebrados salones americanos, el uno con carácter oficial, y el segundo sin él. El primero es el de M. Dayton, y el segundo el de M. Slidell, el prisionero del *Trent*, que se halla en Paris con su familia, compuesta de su señora, un niño y tres niñas. Su señora habla el francés correctamente, y es persona de inteligencia muy culta.

En casa de la señora de Corvaia (legacion del Brasil) se ha dado un baile magnífico. Entre las bailarinas mas admiradas se contaban las señoras Magnan, Haritoff, Galvez, Lignare, Montané, D'Ameida, Cotes del Carril, Pereyra, D'Ancoira, Moncorvo, Martini, Lopez de Aroyemena, Calvo.

Señoritas Bolivia de Francisco Martin, de Longa Cesboa Almonte, Errazu, Bergés, Lazaronza, Acevedo, Herrera, de Laprade, Pellé, Belloc.

Señoras Pedro Gil-Souza, Dupin, Plee, de Mart.
La señora Cotes, una de las bellezas mas admiradas este invierno en Paris, está casada con un millonario del Perú; la señora de Galvez, esposa del ministro del Perú, no ha suscitado menos admiracion con su hermosura; es en efecto la personificación de una estrofa de las melodías de Tomás Moor.

Y a todo esto se me preguntará: ¿en dónde están las modas? ¿y las modas de hombre?

No hay nada: ¿qué puedo decir yo?

Antes de Longchamps nada se sabe, y despues suele suceder otro tanto. Hé aquí no obstante las actualidades de la estacion al principiar la primavera.

Para montar a caballo por la mañana una jaqueta de tela mezclilla rayada ó de pequeños cuadros, forrada de seda y con botones de metal.

Chaleco de valencias de cuadros, un poco largo, muy alto y sin cuello.



La cervecería Gambrinus en Marsella.

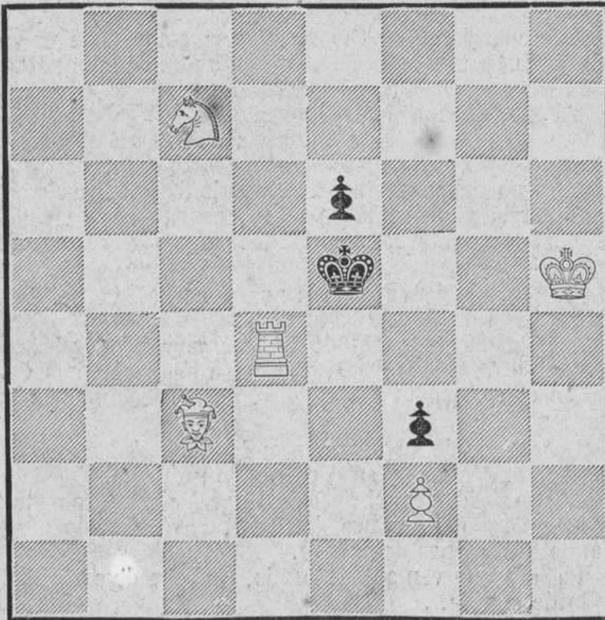
Pantalon adecuado á la jaqueta y al chaleco.
 Vestido de paseo. — Levita de paño negro y azul oscuro. (El azul se lleva mas que el bronceado y el castaño.) Esta levita de forma derecha tiene una pequeña solapa y un cuello. El chaleco de valencias ó de seda rayada con chal subido ó redondo.
 En cuanto á los pantalones, hay tres géneros bien distintos, á saber :
 El pantalon de mañana que se hace muy ancho por arriba y muy estrecho por abajo.
 El pantalon de calle que es casi derecho, y el pantalon de vestir que es casi ajustado.
 En los trajes de mañana es en los que se nota únicamente alguna fantasía.
 Los chalecos querrian tambien ser caprichosos. Esperemos que los elegantes estrenarán algunas novedades en las carreras de caballos de la Marche. Hay chalecos ribeteados de negro sobre fondo claro, ó con bordados claros sobre fondo negro. ¿ Se adoptarán estos chalecos ?
 Se anuncian para pantalones muchas telas de cuadros y de rayas menudas.
 El terciopelo inglés se usa mucho para vestidos de caza y de campo, así como tambien para libreas.
 En cuanto á telas ligeras para paletós primaverales, no hay nada nuevo. El género sencill' o es el dominante ; no se ven mas que mezclillas y telas de mil rayas.
 Se dice que los chalecos se llevarán de distinto color que el pantalon, lo cual daría al traje masculino una variedad que le falta.
 Terminaremos con la descripcion de nuestro figurin, que representa trajes de primavera.
 Primeramente tenemos un jóven de unos veinte años con un traje de mañana para montar á caballo.
 Este traje se compone de una jaqueta de tela azul mezclilla con anchas mangas y bolsillos derechos. Por detrás se dibuja el traje. Chaleco gris cerrado alto y sin cuello. Pantalon rayado, ancho por arriba y estrecho por abajo, con trabilla de un solo boton.
 Sigue un hombre de cuarenta años con traje de calle cubierto con un sobretodo gris. Este traje se compone de una levita de paño negro cerrada con una hilera de botones.
 El chaleco es bastante largo.
 Pantalon mezclilla de color oscuro, de una anchura ordinaria y sin trabillas.
 Despues hay un niño de unos doce años bonitamente vestido

con una jaqueta verde mezclilla que no se abotona sino por arriba; chaleco y pantalon gris, copiados exactamente de los que lleva su padre. Guantes cuero de Rusia y baston con puño de oro.
 Por último, tenemos otro jovencito con un traje de vestir que sirve para visitas, comidas y teatro.
 Compónese de un frac de paño negro con cuello y solapas de dimensiones ordinarias. Chaleco gris adecuado al pantalon; guantes boton de oro y sombrero dorsay.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

PROBLEMA NUMERO 1, POR M. S. AUGAS.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

La cervecería Gambrinus en Marsella.

Este animado establecimiento llamado el *Caveau Gambrinus*, que se ha puesto hace pocos meses en Marsella, es el santuario en la actualidad de todos los aficionados á la cerveza, y su boga crece de dia en dia. Poetas, pintores y periodistas se reunen en la sala que se ve representada en nuestro dibujo, donde desaparecen como por encanto los jarros de cerveza en medio de una densa nube de humo que lanzan á la techumbre las pipas y los cigarros de los parroquianos.
 La sala es elegantísima; por todas partes está adornada con esculturas modernas y pinturas al fresco. En el fondo brillan las armas de Gambrinus, el rey de la cerveza; sobre fondo azul un vaso y un jarro de oro. A la derecha tenemos su retrato, que corresponde á la idea que se tiene generalmente de este alegre rey: un hombre de rostro risueño, que lleva dignamente el traje de rigor, manto de púrpura forrado de armiño. En cuanto á su trono y su cetro, fácilmente se adivinan: un vasto tonel, y un vaso que derrama una cerveza espumosa que da gusto verla. Al lado de este retrato hay unos versos improvisados por M. L. Collin, en que se canta la gloria de Gambrinus.
 Gambrinus acaba de conquistar la Provenza, donde hasta hace poco era desconocido; pero en el dia reina como un soberano que no tiene que temer ni poder rival, ni revoluciones.
 A. C.

Problemas de ajedrez.

Inauguramos hoy una nueva seccion puramente recreativa destinada á los jugadores de ajedrez, y que creemos será bien recibida por los numerosos aficionados que cuenta en América este noble juego. De hoy en adelante publicaremos pues en cada número de nuestro periódico un problema recogido entre los mas notables que se pueden ofrecer á la sagacidad de los jugadores, y en el número siguiente daremos su solución. Hé aqui el primero.